La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 7 de noviembre de 1892 — Núm. 567

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Dejemos para la *Crónica* la tarea de señalar obras y nombres. Para entonces, ya el jurado de la Exposición internacional de Bellas Artes habrá concedido su gracia á ciento y pico de amigos, colegas conocidos los más y desconocidos los menos, y yo no pecaré de irrespetuoso en mis críticas de cuadros y esculturas, de tendencias y escuelas, puesto que espero estar conforme con las decisiones del jurado, por más que malas lenguas comiencen ya á murmurar de tales decisiones y á dar desde la prensa sendos toques de atención, anunciando qué sé yo el cúmulo de injusticias.

Allá veremos.

Verdades y mentiras titulo esta sección, y no ha de ser en efecto más que un estudio de esta antinomia, tan acentuada hoy en el arte, así en la parte plástica como en la del concepto. La actual Exposición internacional de Bellas Artes aporta para la realización de mi trabajo materiales sin cuento. La sala de la pintura de este siglo, la sala francesa, donde se miran más de doscientas obras, la sala bávara con ciento y pico de cuadros y tres ó cuatro esculturas, y por último, las salas de la sección española con mil trescientos ó mil cuatrocientos lienzos, ciento y tantas esculturas y ocho proyectos arquitectónicos ofrecen, como he dicho, campo enorme á estudios de una importancia grandísima desde el punto de vista social, histórico, del gusto, de las costumbres, etc.

Pueden ser cuatro los principales puntos de vista, desde los cuales vengamos en averiguación de las fal-



CONSUELO, cuadro de D. Juan Llimona, grabado por Sadurní (Salón Parés)

sedades como de las realidades que en la pintura moderna existen, y sobre todo en el arte de estos últimos años del siglo: primero, valor de las ideas expresadas plásticamente; segundo, tendencias en la realización de la obra; tercero, las escuelas antiguas y las modernas; cuarto, los originalismos.

De nuestra sección podemos decir que solamente hay dos cuadros que tengan por generadoras ideas de verdadera importancia, y sin que por eso los autores hayan pretendido que esas ideas (en ambos cuadros perfectamente sociales) tengan el carácter de sermón de moral uno, de proclama socialista el otro. Titúlanse los lienzos citados *¡Otra Margarita!* y *Una huelga de mineros en Vizcaya*. Seguidamente en importancia de la idea, desde el punto de vista histórico, están *Pena de azotes, El derecho de asilo, Flevit super illam;* desde el de otros puntos de vista, los cuadros de Luis Jiménez *Una sala de hospital*, uno de Patermisa, cuyo título no recuerdo, pero que representa la visita de la madre á la hija enferma en el hospital, y el de Llimona, cuyo título tampoco recuerdo en este momento. Más adelante lo recordaré.

Los dos cuadros primeros tienen para mí el doble valor de la originalidad, indiscutible á todas luces, y de la importancia estética. Claro está que, como idea de alcance en lo que al orden de las evoluciones sociales afecta, la *Huelga* indudablemente es mucho más importante que la que inspiró *¡Otra Margarita!*; ¡pero yo entiendo que eso de la importancia, extraña por entero á la misión del arte, jamás tentó al artista de raza para obligarle á coger la paleta ni por espacio de cinco minutos; creo sí, que Cutanda, como Sorolla, obedecieron á la sugestión de una escena vista y hondamente sentida, en la cual encontraron todos los elementos estéticos, así plásticos como morales, para realizar lo que únicamente le es dable realizar al arte.

Otro cuadro se mira en este certamen, que yo considero superior en lo que afecta á la expresión moral y á la importancia filosófica del asunto á todos los cuadros históricos ahora exhibidos y aun á los premiados con primeras medallas en las dos últimas Exposiciones. Este cuadro, cuyo autor es Amérigo, lleva por título *El derecho de asilo*.

Dejo para más adelante ocuparme de lo que de verdad y de mentira pueda haber en la composición, en el dibujo y en el color. Estudio ahora las obras desde el primer punto de vista, y preciso es confesar que llegó el pintor al límite del acierto en las expresiones y actitudes de los personajes que figuran en aquella escena interesantísima. Para mí el Sr. Amérigo hubo de inspirarse en la célebre composición poética de Curros Enríquez: *A igresia fria*, y cuyas estrofas al caso pertinentes dicen así:

«Os pelos de punta
N' a man c'un coitelo
Co' a sangue lixado
D' os probes viaxeiros
Tempos houbo en q' aquí buscar viña
Seguro y achego
O ladron d' os caminos, q' os frades
Q' a Praga queimaban, en salvo puxeron.
. . . .
As virxes, forzadas,
Os probes, valeiros,
Pedían namentres
Secorro é remedio;
Y a xusticia, escudeiro mal pago
D' o crime sanguento,
D' o sagrado n' a porta quedaba
De rabia e de cólara, os dentes batendo.

Allí están los frailes, en bellísimo grupo, amparando al condenado, el cual, rota la soga con que el verdugo le trabara los brazos, cae de rodillas, y lleno de espanto mira con ojos extraviados hacia donde el ejecutor de la justicia, contenido en su carrera de persecución del fugitivo por un caballero que viste un ropón de últimos del siglo XIV y comienzos del XV, le señala, grabado en los muros del convento, el privilegio del derecho de asilo que tenía la sagrada casa; á la izquierda del verdugo, de rodillas, pidiendo misericordia, vese asimismo una mujer con un niño en brazos.

El asunto está, como digo, admirablemente comprendido é interpretado desde el punto de vista psíquico. La justicia, representada por el ejecutor de ella, quédase, como indican los dos últimos versos de Curros, *del sagrado á la puerta, batiendo los dientes de cólera y de rabia;* el fraile á cuyos pies, medio de rodillas y medio caído, está el criminal ó el inocente, ¡quién sabe!, extiende un brazo en ademán de amparo, mientras con el otro procura escudarlo; los demás religiosos, agolpados á la puerta del convento, expresan todos en sus actitudes como en los rostros la incertidumbre, la conmiseración, los sentimientos mil que en revuelto torbellino agitan al humano en un momento de esta naturaleza; la mujer, seguramente la esposa ó la amante del miserable, llega al paroxismo del dolor suplicante impetrando gracia.

De otro carácter, diametralmente opuesto al dramático Amérigo, es el lienzo *Flevit super illam*, de Simonet. En el primero, lo trágico lleno de ese aliento de fuego que conmueve nuestro espíritu y pone en tensión el sistema nervioso; el segundo, es una nota elegíaca obtenida á propósito de la profecía de Jesucristo respecto de la destrucción de Jerusalén y de su templo.

Verdaderamente poética es la creación del Sr. Simonet. Pero lo psíquico aquí, salvo dos ó tres de las cabezas, admirables de expresión, del grupo de los fariseos que escuchan á Jesús, reside más bien en el conjunto, en la delicadeza de la traza general, en la suave melancolía de la hora, la del crepúsculo vespertino.

Y aquí viene de molde recordar lo que en cierto libro un crítico español afirma, respecto de que el misticismo artístico, mejor dicho, el estético, reside, no en la idea dogmática, sí en la naturaleza.

Simonet prueba de un modo que no deja lugar á dudas este extremo. La figura de Cristo es en su cuadro la más desgraciada de todas; falta de originalidad, en tres cuartos de movimiento, apenas si se le ve el rostro de líneas afeminadas y sin carácter alguno. Unicamente hay dos cabezas de fariseos muy características y que expresan el asombro que les causa ver cómo Jesús llora y oirle cómo predica la ruina de la ciudad de Salomón: por lo demás, el valor psíquico de esta bellísima obra pictórica está entero en la armonía de la línea, en la delicadeza de la traza y sobre todo en el acierto de la tonalidad y en el exquisito sentimiento de la luz y del paisaje.

En cambio Cutanda, en su *Huelga de mineros en Vizcaya*, logró trasladar al lienzo una escena, la cual, aparte de su valor dentro de un orden perfectamente ajeno al especulativo del arte, el enorme de la verdad, buscada ésta y producida (en lo que á la parte psíquica se refiere) en un conjunto de actitudes, movimientos, energías físicas, manifestadas y desarrolladas por una multitud sobre la que impera un espíritu dramático inmenso, rebasó los límites de lo vulgar, puesto que no hubo de recurrir á resorte efectista alguno, como serían en este caso la lucha, el incendio, la disposición teatral de la escena, medio muy en auge todavía entre la mayoría de nuestros pintores para dar á su obra el valor psíquico que debía caracterizarla.

En el cuadro *Una huelga*, la nota dramática, quizá la más real, justa y encontrada de todas las de esta Exposición, no la debe el artista á otra cosa que á la sencillez con que está sentida, y también á la convicción profunda del pintor respecto de la grandeza épica que encierra, vista desde el punto de vista estético, la vida moderna del trabajo. Grandes fueron los tiempos de Grecia y Roma, pero inmensos son los del vapor y de la electricidad, que acumulan y utilizan todas las fuerzas vivas de la naturaleza, formando con ellas un conjunto no soñado en los tiempos paganos.

Más íntimo, más humano y por ser también más vulgar – y conste que no digo lo de vulgar en tono de censura, sino como ratificación de la afirmación primera – es el asunto del cuadro de Sorolla *¡Otra Margarita!* No necesito explicar el motivo; lo dicen el cuadro y el título. La joven engañada; la vergüenza de un estado que la impulsa á cometer un crimen, creyendo borrar así una mancha; la justicia humana en nombre de una sociedad que, si rechaza á la delincuente del amor, la castiga también si no sabe soportar con resignación aquel desvío, prendiendo inexorable á la madre desnaturalizada, esposándola con duros hierros y entre guardias civiles trasladándola á la cárcel. Allí va en un coche celular, sola, enlutada, caída sobre un hombro la cabeza, pálido el rostro, el estupor en la mirada, el dolor alcanzando el grado del embotamiento de todas las facultades morales y físicas.

Este es el drama; esto es lo que representa el cuadro de Sorolla. La impresión que causa es honda, amarga; el valor psíquico de la obra innegable.

He aquí, pues, las obras pictóricas que en esta Exposición tienen la importancia que la idea debe avalorarlas siempre.

Desde el punto de vista histórico, puede contarse el lienzo del catalán Galofre, titulado *Pena de azotes*, que si no de tanto interés dramático como *El derecho de asilo*, sin embargo, siempre será una página digna de ser tenida en cuenta en este registro que abro para sumar al final de mis estudios cuántos son los artistas que buscan el doble triunfo de la plástica y de la idea.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 1.° de Noviembre de 1892

EL CONGRESO DE HUELVA

El noveno Congreso Internacional de Americanistas acaba de terminar sus sesiones en la ciudad de Huelva.

Allí se han congregado por espacio de ocho días varias eminencias de los países europeos y americanos, y muchos curiosos, más ó menos entusiastas por los estudios americanistas, pero partidarios decididos de las fiestas, banquetes y jolgorios que por algún tiempo han turbado la tranquila calma de la población onubense.

Cuando hace escasamente veinte años se reunían por vez primera en la Asamblea de Nancy los dispersos elementos del americanismo, muy lejos de la mente de sus promovedores debía hallarse la idea del éxito que tendría en el curso de los tiempos la institución entonces llevada á la vida de la ciencia. Modestamente concebida, sin apoyos oficiales, sin subvenciones considerables, sin otros recursos que los allegados con la reducida contribución de los propios miembros, los Congresos americanistas han desfilado sucesivamente por el Luxemburgo, Bruselas, Madrid, Turín, Berlín, Copenhague, París y otras cortes de Europa, viéndose presididos por soberanos y elevándose á la estimación y al respeto de los que creen provechoso y útil el estudio de la historia para la vida de los pueblos.

Y la mayor consagración de su importancia la acaban de recibir hace pocos días, cuando en el claustro mayor del convento de Santa María de la Rábida abría la sesión novena el señor presidente del Gobierno español.

Hace dos años, al acabar sus sesiones el Congreso de París, acordó que la reunión de este año se celebrara en España y en el lugar y fecha que nuestro Gobierno determinara. Consultadas las corporaciones competentes y tomando en consideración la importancia que quería darse á las fiestas del Centenario del descubrimiento de América en el lugar mismo que presenció sus primeras tentativas y donde hallaron su desarrollo sus primeras ideas, se resolvió señalar el modesto convento de franciscanos de la Rábida, entonces maltrecho, tanto por el abandono en que había yacido durante largo tiempo, como por las desgraciadas restauraciones de que había sido víctima.

Y tomado el acuerdo, se procedió en consecuencia á lo que en casos parecidos siempre ocurre. Nombróse una Comisión ejecutiva, compuesta de larga lista de presidentes y vicepresidentes de honor, de presidentes y vicepresidentes efectivos, de vocales y comisionados para recepciones, festejos y publicaciones, reuniéndose en apretada haz los mejores y más valiosos elementos que encierra la capital de la monarquía.

Verdad es que tales elementos no se han dado por entendidos, no se han reunido una vez siquiera, no han aportado esfuerzo alguno á la obra americanista, y quizás para alguno de los individuos de aquellas juntas es todavía noticia nueva é ignorada la de que el Congreso se ha reunido y aun ha terminado con éxito sus sesiones de este año.

La organización del noveno Congreso Americanista corresponde por entero al Sr. Cánovas del Castillo, que en estas fiestas del Centenario ha pospuesto siempre la política á los menores detalles de una conmemoración tan grandiosa: corresponde á mi queridísimo amigo D. Justo Zaragoza, que desde la secretaría general y durante dos largos años no ha dejado un solo día de atender á las múltiples consultas que le llegaban de todas partes, y con su celo ha procurado para este Congreso un número de adhesiones muy superior al de todos los anteriores; y corresponde finalmente á tres ó cuatro personas más, únicas que han mostrado algún empeño en que la reunión de la Rábida resultara el primero y principal de los festejos que en las rías del Odiel y el Tinto debían conmemorar el gran descubrimiento de las Indias Occidentales.

El programa del Congreso, más afortunado que otros de las actuales festividades, ha sido realizado en todas sus partes. Circulados con profusión por todo el orbe los temas que se sometían á discusión y examen, solicitado el apoyo de cuantos tuvieran interés en el desarrollo de la historia americana, especialmente en su período precolombino, al acercarse el día 7 de octubre, día señalado para la apertura de las sesiones, pudo garantizarse que un doble éxito coronaría el esfuerzo de los iniciadores del Congreso; es decir, que no faltarían miembros para acudir á sus sesiones, y que en la orden del día se inscribirían interesantes memorias venidas de Francia, de Alemania y de América.

Y en efecto, al cerrarse en 15 de septiembre último la lista provisional de socios adheridos al Congreso,



MANIOBRAS MILITARES, copia de fotografía

la mesa interina de Madrid podía contar las inscripciones siguientes:

España	410	Colombia	21
Francia	1 448	Costa Rica	4
Alemania	32	Chile	3
Austria	3	Ecuador	3
Bélgica	7	Estados Unidos	41
Dinamarca	3	Brasil	1
Holanda	3	Guatemala	3
Inglaterra	8	Guayana	1
Italia	4	Honduras	1
Noruega	2	México	7
Portugal	2	Perú	1
Rumanía	1	Salvador	1
Rusia	4	Uruguay	7
Suecia	2	Venezuela	5
Turquía	1	Isla de Cuba	5
República Argentina	8		

No todos los anteriores adheridos asistieron á las sesiones del Congreso Americanista; el número de concurrentes no bajó sin embargo de quinientas personas, y entre ellas había muchas que traían importantes representaciones de Gobiernos y de corporaciones científicas y literarias extranjeras.

Por vez primera en la historia de estos Congresos, muchos Gobiernos de naciones interesadas en el desarrollo de los estudios americanistas delegaron expresamente á comisionados que los representaran en las sesiones. Fueron los siguientes:

La República Argentina al Dr. D. Angel Justiniano Carranza, auditor de guerra de aquel ejército.

El Ministerio de Instrucción pública de Austria-Hungría al Dr. D. Albrech Penak, profesor de Geografía en la Universidad de Viena.

El Gobierno belga al Sr. Anatole Bamps, distinguido americanista que organizó el Congreso de Bruselas, y al Sr. Dognée, correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid.

La República de Colombia á la conocida escritora doña Soledad Acosta de Samper, á D. Ernesto Restrepo y Tirado, autor de varias obras de filología colombiana, y á D. Bendix Koppel, cónsul general honorario de aquella nación en Dinamarca.

Los Estados Unidos del Brasil confiaron su representación al Excmo. Sr. D. F. Xavier da Cunha, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de la República en España.

El Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes de Francia delegó al Sr. Lucien Adam, presidente de Sala en el Tribunal de Rennes, y al Sr. G. Marcel, bibliotecario en la Nacional de París.

Grecia encargó su representación al Sr. Cánovas del Castillo, en su calidad de director de la Real Academia de la Historia.

La República de Honduras envió al Dr. D. Antonio Ramírez Fontecha, rector de su Universidad Central, Presidente del Consejo de Instrucción pública y de la Academia Científico-literaria de su país.

Italia delegó al Com. Guido Cora, catedrático de Geografía en la Universidad de Turín y organizador del Congreso Americanista que se reunió en esa ciudad italiana.

La República de Nicaragua designó al Sr. Désiré Pector, su cónsul general en París y secretario general que fué del último Congreso.

Los Reinos Unidos de Suecia y Noruega delegaron dos verdaderas eminencias científicas, el barón A. E. de Nordenskiold, famoso explorador del Polo Norte que hace algunos años cruzó á bordo del *Vega*, y el profesor G. Storm de la Universidad de Christianía.

Los Países Bajos comisionaron al Dr. Allard Pierson, profesor en la Universidad de Amsterdam.

La República del Perú designó al Dr. D. Ricardo Palma, director de la Biblioteca pública de Lima.

Y finalmente, la República del Salvador delegó al Excmo. Sr. D. Enrique Soto, su Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario cerca de la corte de España.

Las representaciones de corporaciones científicas y literarias extranjeras fueron tan numerosas como importantes. Ascienden á ciento doce las sociedades que enviaron delegados al Congreso de Huelva, contándose entre ellas el Instituto de Francia; las Sociedades Geográficas de Nueva York, Rouen, Lorient, Berna, Marsella, Neuchatel, París, Tolosa, Copenhague, Londres, San Petersburgo, Lille, Génova, Roma y San Francisco de California; la Academia de Ciencias de París, la Sociedad Literaria y Artística de Quebec, el Peabody Museum de Cambridge, la Real Academia de Ciencias y Letras de Amsterdam, las Sociedades de Antropología de Berlín y Roma, el Instituto Smithsoniano de Wáshington, la Sociedad de Estudios Indochinos de Saigón y la Universidad de Pensilvania en los Estados Unidos.

Tales eran los elementos constitutivos del noveno Congreso Internacional de Americanistas. El Presidente del Gobierno español apreció desde luego su importancia, dando las órdenes necesarias para que la reunión de la Rábida fuera debidamente preparada, á cuyo efecto dispuso con un mes de antelación la salida de la secretaría general para Huelva, y él mismo anticipó su marcha á las orillas del Odiel algunos días antes de la llegada de los primeros congresistas.

La buena voluntad de todos superó las dificultades inherentes á la reunión y permanencia de gran número de forasteros en un lugar pequeño y de limitados recursos. Huelva se aprestó á alojar á todo el mundo que entrara por sus puertas: habilitáronse fondas y casas de huéspedes, y tales fueron los arreglos y combinaciones de la industria particular, que nadie habría dormido una sola noche en la calle aunque doble número de extranjeros y curiosos hubiesen acudido á la ciudad.

Pero los bravos onubenses se equivocaron en sus cálculos de hasta qué punto es explotable la curiosidad humana, y si bien prodigaron las instalaciones por todas partes, fijaron para su alquiler precios ridículamente caros. Allí hay un hotel, llamado de Colón, construído por una sociedad inglesa y explotado por un súbdito alemán: esta fonda, que en efecto es buena, sin ser ni con mucho superior ni igual á muchas otras de Francia ó Italia, tomó la iniciativa de elevar sus precios á tipos exorbitantes: los demás fondistas siguieron á proporción, y el desengaño para todos ha sido completo porque han dejado de ir á Huelva muchos de los forasteros que acudieron á otras fiestas de Madrid, de Sevilla y de Granada.

Hubo, sin embargo, animación en la ciudad: no se faltó al ritual de los farolitos, las banderas y los cohetes; vistiéronse de fiesta los balcones, y se poblaron de elegantes damas y bellas señoritas para saludar á los extranjeros, y éstos recibieron el abrazo de bienvenida que les dieron sus huéspedes españoles.

Habíase convocado el Congreso en el monasterio de Santa María de la Rábida, y allí, en efecto, se celebró la sesión inaugural. Con muy buen acuerdo no se colgó decorado ni adorno alguno en las austeras paredes del cenobio franciscano: en las galerías del claustro antiguo, con el cielo por bóveda y por muros los arcos románicos de rojizo ladrillo, se congregaron los americanistas venidos de extrañas naciones y de lejanos continentes para escuchar la voz de uno de nuestros más elocuentes oradores, que no necesitó de gran esfuerzo para mover el ánimo de todos y elevarlo á la visión del antiguo ideal colombino, evocando las augustas sombras de Fray Juan Pérez, de Garci-Hernández y del gran navegante, que también debían hallarse allí aquel día, recordando, como nosotros recordamos, sus solitarios paseos por los mismos claustros, sus animados coloquios en busca de un mundo ignorado, sus arriscadas intuiciones de nuevos horizontes que ensancharan los límites de la tierra.

Fué momento solemne, que no olvidarán fácilmente en su vida cuantos tuvieron la fortuna de presenciarlo aquel de la inauguración del Congreso Americanista. La tradición y la historia, la ciencia y el arte, la poesía y la imaginación diéronse estrecho abrazo al atravesar los pórticos del convento. Difícil sería adivinar la fe que se abrigara en la conciencia de todos; sin embargo, en el solemne instante dominó á los que allí se congregaban un único sentimiento de respeto á cuanto les rodeaba, de admiración por el lugar tan pobre y tan mezquino y sin embargo de tanta trascendencia para el desarrollo de la civilización humana.

Eduardo Toda

¡FANATISMOS!

Si lee el verídico suceso que voy á relatar algún librepensador y político de ideas avanzadas (que casi siempre ambas cosas van unidas), probable es que exclame: «¡Qué tiempos, qué barbarie, sólo las creencias religiosas pueden engendrar semejantes fanatismos! Las ideas políticas nunca conducen á tales extremos de eclipse del sentido común y de perversión del sentido moral: ya no hay fanatismos, los ha barrido el viento de la libertad.»

He aquí dos ejemplos en contestación:

En tiempo del tercer imperio francés, había en Roma una guarnición francesa para proteger al papa, y unos revolucionarios prendieron fuego al cuartel donde aquélla se alojaba. Perecieron en el incendio más de cuarenta soldados, y ochenta ó noventa resultaron más ó menos gravemente heridos. Esta catástrofe no fué originada por el fanatismo, sino por el patriotismo más natural del mundo: allí no hubo barbarie; pues aunque aquellas víctimas eran inocentes y estaban allí por fuerza, estorbaban á la idea de la libertad. Por eso, cuando los incendiarios fueron habidos, juzgados y ejecutados, todos los refractarios al fanatismo levantaron gritos de protesta contra el papa y los verdugos de aquellos héroes mártires.

Garibaldi reune cuatro ó seis mil, no fanáticos, sino patriotas, y marcha sobre Roma para dar la libertad á Italia, derribando el trono pontificio. Aun suponiendo que el famoso caudillo no tuviera la alta intuición de los héroes, no hay razón para creer que carecía de sentido común para abrigar la esperanza de contrarrestar á la potencia militar más grande de aquella época, y debe deducirse que llevó á cabo aquella intentona y á aquellos infelices compatriotas y correligionarios políticos al matadero con el solo objeto de lucirse y aumentar el largo catálogo de los mártires de la libertad.

Pero, por supuesto, aquello no fué fanatismo, y sí patriotismo.

De estos dos ejemplos, que entre mil he citado, y del relato que voy á hacer, deduzco que todos los tiempos son iguales, poco más ó menos, y que las pasiones humanas siempre son y serán idénticas por más que tomen diversas formas para manifestarse.

Creo que el hecho que voy á narrar es curioso, y que además da una idea de la rápida transformación social. Como dice Prudhome: «hasta este siglo ha durado la locura del cielo; pronto comenzará la de la tierra.»

I

Allá por el año de 1823, en la noche víspera del día del Santo Patrón de España, se celebraba la tradicional verbena en los mismos sitios que ahora, aunque no con tanto bullicio porque la población de Madrid no era tan numerosa. Sin embargo, no carecía de animación; pues si bien es verdad que entonces había menos gente y dinero, eran más rigurosos los calores, mayor la fe, no menor el deseo de solazarse, y la corte de España carecía en absoluto de diversiones nocturnas de otro género. Reinaba la majestad de D. Fernando VII, restaurado en su trono merced á la lealtad de sus fieles vasallos y á las bayonetas francesas del duque de Angulema. Los negros ó séase los liberales no se atrevían á chistar aniquilados por sus propios excesos. Abundaban los herejes y librepensadores de aquel tiempo; pero se ocultaban bajo siete estados de tierra por miedo al santo tribunal de la Inquisición, que aún no había sido abolido. Milicias asalariadas extranjeras y el bizarro cuerpo de la Guardia Real aseguraban la tranquilidad pública; y con esto y con no haber prensa periódica que se entrometiese en procesos ni denunciara excesos de duquesas ó tripicalleras, en la corte de España se disfrutaba de una paz octaviana. Porque la prensa periódica será un sacerdocio y todo lo que se quiera, difundirá, la ilustración, servirá de poderoso agente al progreso, pero no puede negarse que tiene inconvenientes morrocotudos. La prensa pone en comunicación á toda la gran familia humana, y por ella sabemos que existe en el archipiélago filipino un datto llamado Caricogoleón y en Hamburgo un célebre quitamanchas conocido bajo el nombre de Livinus Bambutsell; pero también sabemos por su mediación todas las plagas, catástrofes, siniestros, crímenes y excesos que afligen á la humanidad: lo cual no es nada agradable. Antes, por ejemplo, había langosta en la Mancha, lepra en Murcia, *oidium* en Cariñena, terremotos en Málaga é incendios de pinares en Cuenca, y sólo trascendían estos infaustos sucesos á las regiones oficiales, en donde se tenía buen cuidado de ocultarlos para no entristecer á los leales habitantes de la villa y corte de Madrid. Las desgracias se sentían cuando se presentaban, no como ahora anticipadamente...

Pero creo que me he excedido en esta digresión, y prosigo mi relato.

Como iba diciendo, en la noche del día 24 de agosto de 1823 se celebraba la verbena de Santiago con no escasa animación. El sitio era á propósito para esta clase de holgorios nocturnos, pues había en él contrastes que en la actualidad han desaparecido. En la calle de Santiago y en algunas adyacentes había puestos de venta y por consiguiente alumbrado; pero la contigua plaza de Oriente, hoy día una de las más bonitas de Madrid, era entonces un inmenso descampado lleno de montecillos y de innumerables piedras para construcción de obras próximas al palacio real. Con este motivo era aquello un desierto al lado de una población, que de noche sólo estaba alumbrado por el pálido reflejo de los escasos faroles del regio alcázar y por la luz de la luna, si la había. Paréceme, pues, que el sitio era á propósito para una verbena.

En el cerrillo de Santiago había como en la actualidad varias buñolerías que saturaban la atmósfera de olor de aceite y además un tablado, desde donde la banda de música del regimiento de granaderos á caballo (pagada por el ayuntamiento) alegraba el aire con sus melodiosos acordes, á cuyo compás bailaba la alta sociedad de los barrios bajos y altos. El objeto era que si S. M. el rey D. Fernando VII y su augusta familia se dignaban asomarse á algún balcón de palacio, juzgaran de la felicidad del pueblo por la alegría á que se entregaba.

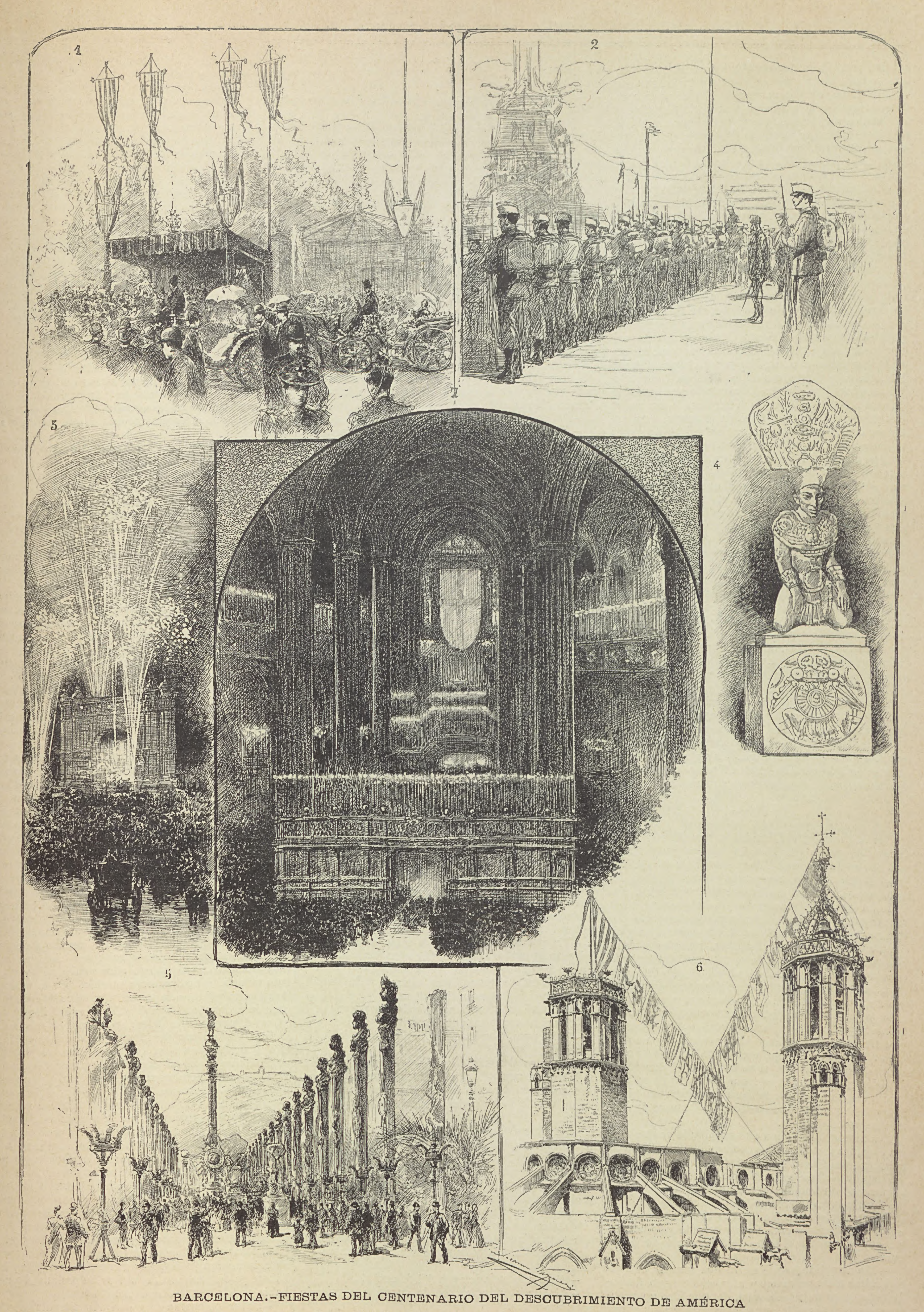
En otro sitio, no muy lejano, se celebraba también la verbena, aunque de distinto modo; y á él debo conducir al lector.

II

En el convento de religiosas del Sacramento, situado en la calle del mismo nombre, adonde posteriormente se trasladó la parroquia de la derribada iglesia de Santa María, había en la época á que me refiero la costumbre de celebrar la víspera de Santiago con fiesta y *gaudeamus* á puerta cerrada. El templo y demás dependencias estaban iluminadas, y elevábase en aquél un altar improvisado al Patrón de España. En tal noche nadie dormía en el convento: quiero decir que desde la priora hasta el último acólito todos velaban en él. Asistían á la fiesta nocturna los párrocos y adláteres de las iglesias cercanas, como eran Santa María, San Justo, el Salvador y Servitas, y allá á las once ú once y media de la noche se entregaban en compañía de la comunidad y capellanes á una colación ó *piscolabis*, compuesto de dulces, frutas, rico chocolate de soconusco elaborado á brazo, refrescos y panales ó azucarrillos, cuya confección, como diría Teófilo Gautier, es exclusivo secreto de los confiteros de Madrid. Con motivo de esta fiesta se alteraban las reglas de la comunidad. Por ejemplo, en noches normales nadie podía entrar ó salir del convento, no mediando caso extremo ó imprevisto, y la hermana portera tenía buen cuidado de tener cerradas las puertas interior y exterior que daban salida á la calle; pero en la noche de la susodicha verbena, como hubiesen de entrar los convidados, sólo se cerraba la puerta exterior con un sencillo cerrojo. Generalmente la hermana portera era siempre novicia, pero en la época á que me refiero desempeñaba las funciones porteriles una profesa, casi vieja y fea sin casi, que por añadidura ostentaba un respetable mostacho.

Sucedió, pues, que en aquella noche de fiesta hallábase esta digna persona en la portería, con oído atento por si llamaban á la puerta; pues aunque era ya la hora del refrigerio, faltaban aún algunos caracterizados invitados. Impacientábase la portera, porque experimentaba hormigueo de apetito, así es que cuando sintió en la puerta dos golpes suaves, acudió presurosa, exclamando satisfactoriamente para sus adentros: «¡Ya están ahí!» Después dijo en voz alta: «¿Quién es? – ¡Salvador,!» contestaron desde afuera: lo cual quería decir: el cura de San Salvador, y entonces la monja descorrió el cerrojo. Nunca lo hubiera hecho, pues aquel salvador fué su perdición completa. Abrióse la puerta empujada con violencia, tres hombres en traje eclesiástico penetraron en la portería y con rapidez de bandidos maniataron, amordazaron, cargaron con la portera asiéndola por debajo de los sobacos y por los pies, sacáronla del convento y la condujeron á un coche que esperaba en la entrada de la calle del Sacramento, más obscura que de costumbre, porque casual ó intencionadamente habíase apagado uno de los tres raquíticos faroles de aceite que la alumbraban.

Un rato después la hermana tornera, que pasaba por la portería, vió abierta la puerta del convento, y encontró en el suelo un pañuelo y un zapato pertenecientes á la portera hermana X. Me veo forzado á ocultar su verdadero nombre. Alarmóse el convento,



BARCELONA.-FIESTAS DEL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

1. Batalla de flores en el Parque. - 2. Misa de campaña ante el monumento de Colón. - 3. Fuegos artificiales en el Salón de San Juan. - 4. Una divinidad azteca, en el Paseo de Colón. 5. Adornos de este paseo. - 6. Adornos de las torres de la catedral. - 7. Iluminaciones y adornos de la misma. (Dibujo de D. Nicanor Vázquez.)

supuesto que no hallaron en parte alguna á la religiosa robada, fueron llegando los dos clérigos convidados que faltaban, y no sé si antes ó después de cenar (porque se cenó) hiciéronse un sinnúmero de comentarios y suposiciones referentes al suceso. No era posible admitir la fuga de la portera, profesa hacía diez años y ejemplar á carta cabal. Por aquella época habíanse efectuado amorosos raptos de novicias y aun de profesas en algunos conventos de Madrid; pero el de la hermana X era absurdo á todas luces. ¿Quién, que no estuviera loco ó desesperado, iba á robar á una monja de cincuenta años de edad, fea de todo punto y con un muy regular bigote? Y que habíanla robado era indudable por los objetos que de ella se encontraron, y robado á ella sola, pues nada se echó de menos en el convento. ¡Y qué noche fueron á escoger! Aquello era maravilloso.

Al cura de los Servitas, que fué uno de los últimos que llegaron, se le ocurrió una idea.

Al dirigirse al Sacramento por la calle del Factor, había visto en lo alto de ésta un coche sin faroles como los que usaba el tribunal de la Santa Inquisición. ¿Habría intervenido el Santo Oficio en la desaparición de la monja portera? Esta idea era también absurda por varias razones. En primer lugar el santo tribunal, con el progreso de los tiempos, había aflojado sus tornillos, y cada día eran más raros sus misteriosos secuestros. Además la hermana X era pobre de solemnidad, dentro y fuera del claustro, y no podía ser cuestión de intereses, y por último no podía suponerse en aquélla falta alguna de moral ó de ortodoxia cristiana. Admitióse, pues, á medias la idea del cura de los Servitas, no obstante el indicio del coche. El párroco de Santa María, que tenía amigos familiares en el tribunal de la fe, prometió informarse, y hasta tanto y por si acaso no se dió publicidad al rapto de la portera, porque... ¡con la Inquisición, chitón!

Pero ni en la Inquisición ni en parte alguna se supo nada de la monja desaparecida, y eso que practicáronse activas aunque sigilosas pesquisas. El coche que vió el cura de los Servitas llevaba la dirección del Cerrillo de Palacio, que en aquella época no tenía bajada para carruajes, y por si aquél había intervenido en el misterioso rapto, hiciéronse registros en las pocas casas contiguas, ninguna sospechosa, sin resultado alguno. La curia eclesiástica y la civil pusieron empeño en aclarar el inexplicable suceso; pero nada, ni investigaciones, ni exhortos á provincias, ni registros de iglesias y conventos, ni gestiones de la escasa policía de aquel tiempo proporcionaron ni el más mínimo rastro de la portera del Sacramento.

La hermana X había desaparecido como por un escotillón de comedia de magia. Un siglo más atrás hubiérase creído que se la habían llevado los ángeles ó los demonios, que ambas cosas podían ser.

III

Era una sala grande, cuadrada, alta de techo, cubiertas de paños amarillos las paredes y alumbrada por dos arañas de cristal llenas de bujías encendidas cuyo alegre aspecto contrastaba con el lúgubre del aposento. En uno de los lienzos de pared había clavado un crucifijo de talla de tamaño natural, cuya cruz arrancaba de una tarima elevada del suelo por dos gradas. En un ángulo de la sala veíase una gran mesa cubierta de clavos, martillos, esponjas y otros *chirimbolos*, y al lado una lanza cuya cuchilla sostenía como una corona de espinas. En el comedio de la pieza, y único mueblaje, había once sillones, diez puestos en hilera, cinco enfrente de los otros cinco, y uno separado, y todos, menos dos, estaban ocupados por ocho hombres y una mujer. Todos por su aspecto parecían pertenecer á clase acomodada, y aquélla y uno de ellos tenían marcado tipo extranjero. Su traje no ofrecía nada de particular, si se exceptúa el que todos llevaban pendiente del cuello una especie de escapulario amarillo en cuyo centro se destacaba en negro la figura de Lucifer, ó séase el diablo, llevando una antorcha sobre la cabeza.

Los hombres hablaban en voz baja; la mujer, que era vieja, fea y con cabellos rubios y blancos, fijaba en la imagen del Cristo miradas indefinibles.

De pronto abrióse una puerta, se alzó un tapiz y se presentó un hombre en traje eclesiástico.

Al verle se levantaron todos.

Representaba el recién llegado cincuenta años de edad. Sus facciones eran finas y habrían sido hermosas; sus ojos tenían el brillo de la fiebre ó de la locura.

– He cumplido lo que me tocaba cumplir, dijo dirigiéndose á los presentes y al mismo tiempo despojándose de su traje sacerdotal, del que hizo un rebujo que arrojó al suelo á un rincón. Ahí está la mujer con las condiciones que me exigisteis.

– ¿Religiosa?, preguntó uno de los allí reunidos.

– Del Sacramento, contestó el recién llegado.

– ¿Profesa?

– Hace años.

– Enhorabuena, estamos satisfechos. La esperamos.

– Por lo mucho que arriesgo, repuso el que primero había hablado, comprenderéis la fe y la lealtad con que cumplo nuestros pactos. Soy rico, casi ilustre y familiar de la Inquisición, y sin embargo no he vacilado en robar á una monja de su convento, en noche como ésta en que la fiesta popular centuplica el peligro. No había otra ocasión oportuna y la he aprovechado.

– Repito, hermano, en nombre de todos, que estamos satisfechos de ti. Hazla entrar.

– Espera, dijo entonces uno de los presentes. Tengo que decir breves palabras.

El que así se expresó era por lo menos octogenario y se apoyaba en uno de los brazos del sillón en que había estado sentado. Tenía la cabeza blanca y una larga barba patriarcal, que hubiera infundido respeto y simpatía á no ser por la expresión acerada de sus ojillos grises.

Miráronle todos y él prosiguió diciendo:

– Nos hemos asociado contra el *infame*, secundando la voz lanzada al mundo desde el otro lado del Pirineo. ¿No es así?

– Así es, contestaron á coro los presentes.

– Hemos hecho, continuó el anciano, que varios seres racionales, desde una niña de ocho años hasta un tonsurado, renieguen del *infame* y le escarnezcan. Ahora toca la vez á una religiosa profesa, y ya la tenemos merced á la diligencia del hermano á quien tocó en suerte proporcionárnosla. ¿Por qué hemos hecho estas cosas?

– Porque odiamos al *infame*, exclamó con ímpetu la mujer. Porque nos ha dado en la tierra el dolor, la miseria, las enfermedades y la muerte. Porque nos ha infundido pasiones imposibles de vencer. Porque nos ha llamado hermanos y establecido categorías odiosas. Porque exigiéndonos una perfección sobrehumana nos ha arrebatado la esperanza del cielo.

– Un hombre, un impostor no hubiera podido tanto, no conseguiría llegar á los corazones perturbándolos. ¿No es así?

– Sí, contestó la mujer.

– ¿Luego es Dios?

– ¿Y quién lo duda?

– ¿Hay alguien que aquí lo niegue?, repuso el anciano mirando á los presentes.

Nadie contestó.

– En buen hora, prosiguió diciendo el de la barba blanca. De otra suerte, lo que hacemos sería pueril. Nadie se ensaña con un hombre que ha muerto hace diez y nueve siglos.

– Seguramente, dijo entonces el que había llegado el último á la reunión. Nos ensañamos contra el *infame* porque creemos en él, porque suponemos que nos oye, porque protestamos en nombre de la humanidad que no le siente ó le teme. Porque si es impotente para hacer el bien por completo, le despreciamos y le execramos por habernos revelado el mal. Porque si es poderoso y puede castigarnos, arrostramos sus iras. Puede arrojarnos al fuego eterno, pero no arrebatarnos la satisfacción previa de nuestro sacrificio de protesta...

– Yo, por mí, interrumpió la mujer mirando con chispeantes ojos al crucifijo, por no deberle nada renuncio á su gloria aunque me la ofreciera.

– ¿Son estas vuestras ideas, estamos todos conformes?, volvió á preguntar el anciano.

– Sí, conformes, exclamaron todos los presentes.

– Pues no tengo más que decir.

– Voy, pues, por la mujer, dijo el que la había traído.

Momentos después entraba en la sala la hermana X del Sacramento, que quedóse asombrada del espectáculo que ofrecían la estancia y la reunión. Al entrar, viendo la efigie del Cristo persignóse devotamente.

– ¿Adoras al Cristo?, preguntóla el anciano aproximándose trabajosamente.

– ¿Y cómo no, contestó la religiosa, cuando es mi Dios, mi redentor, mi bien y mi esperanza?

– Pues te han traído aquí para escarnecerle. Este es el único dios de verdadera bondad, supuesto que se opone á las infamias de aquél. Besa.

Y el hombre de la barba blanca presentó á la estupefacta monja el diabólico escapulario que llevaba al cuello. Miróle ella, y llena de miedoso asombro exclamó:

– ¡Pero esta es la imagen del demonio!

– Al que tú adorarás en lo sucesivo, siguiendo nuestro ejemplo.

– ¡Yo adorar al diablo! ¿Por qué?

– Porque es el ángel que cayendo se ha levantado. Y no sólo vas á adorarle, sino á renovar la pasión de aquél, y señalaba al Cristo.

– Ahí tienes la corona de espinas, los clavos, la esponja y el vinagre, dijo la mujer que formaba parte de aquella extraña asociación, señalando á la mesa sobre la que estaban todas estas cosas.

La monja miró con ojos extraviados á las personas que la rodeaban y que habían vuelto á sentarse excepto la mujer y el anciano. Indudablemente se creía presa de una pesadilla. Había sufrido aquella noche tan inauditas é inesperadas emociones, que su pobre cerebro se turbó. La sangre afluyó á su rostro tiñéndole de un color amoratado. Giró sobre sí misma, dando una vuelta entera como el que recibe un balazo en la cabeza, y cayó al suelo desplomada...

Se conoce el final de esta escena con todos sus detalles, pero repugna al sentido moral el describirla, y la discreción me veda hablar de un suceso recientemente aclarado, en el que median personas que no pertenecen todavía á la posteridad.

IV

El misterioso rapto y la desaparición de la portera del convento del Sacramento, en los que para nada había intervenido el tribunal de la Inquisición, dieron mucho que hablar en los círculos oficiales y eclesiásticos; pero, con el transcurso del tiempo, fueron olvidados.

Después de pasados cerca de setenta años, una casualidad ha aclarado el enigma.

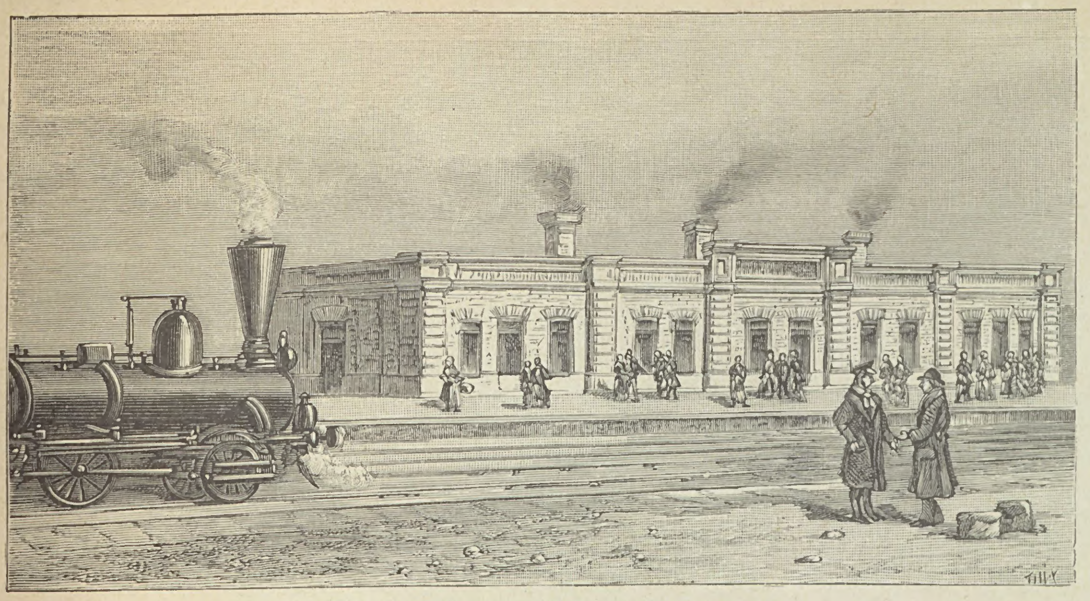
Hace dos años comenzóse el derribo de una antigua casa, que por cierto está todavía en solar. No diré el punto en donde estuvo situada, porque me lo vedan razones que antes someramente he apuntado. Derribado el edificio, y escueto ya el terreno que ocupó, dejó ver un sinnúmero de cuevas y pasadizos subterráneos que tenían comunicación con otras construcciones contiguas. Los albañiles lo husmean todo, quizá impulsados inconscientemente por la tradicional creencia de tesoros escondidos; en sus pesquisas ó trabajos llegaron á una cueva en la que había una trampa clavada. Levantáronla, y por una carcomida escalera de bastantes escalones bajaron á un chiribitil que más bien parecía un nicho. Llevaban una hacha de resina y á su luz vieron un objeto que dejólos asombrados. Vieron un cuerpo humano vestido con hábito de religiosa. El cuerpo estaba momificado y sólo le faltaban las manos, que á juzgar por la costrificación de los muñones de los brazos, habían sido cortadas. Todo lo demás que fué carne estaba intacto, así como el hábito. Tenía cerrados los ojos. Como es consiguiente, era un cuerpo de mujer. Las piernas, cubiertas con burdas medias de algodón azul, estaban enteras. Tenía un grueso zapato en el pie izquierdo y faltaba el del pie derecho. Aquella conservación era maravillosa, teniendo en cuenta los innumerables animales roedores que debería haber en aquel subsuelo.

Los albañiles que encontraron la momia avisaron á los que trabajaban arriba, acudieron todos, suspendiendo el trabajo; y gracias á que eran las siete y media de la mañana de una lluviosa y fría del mes de febrero, pues á ser más tarde hubiera acudido todo Madrid. Sin embargo, la noticia del extraño hallazgo llegó á algunos tenderos y porteros madrugadores del barrio (que no es muy populoso), y á consecuencia formóse corro frente á la obra del derribo á tiempo que pasaban por allí dos eclesiásticos. Ambos eran muy ancianos, pero uno de ellos estaba ágil y vigoroso todavía. Aproximáronse atraídos por la curiosidad y se informaron de lo acaecido. Sucedió entonces una cosa extraña é inexplicable en aquel momento. Al oir el menos viejo de los sacerdotes el relato del hallazgo del cuerpo de la monja perdió el color, y tambaleándose como un hombre ebrio, se alejó precipitadamente de aquel sitio, sin despedirse de nadie, ni de su compañero, cosa que sorprendió algún tanto á los que lo observaron.

El otro cura más anciano estaba también preocupado y mostró deseos de ver la momia encontrada; pero hiciéronle comprender que no era posible, pues habiéndola dejado en el sitio en que la hallaron hasta la llegada del juez de guardia á quien se había avisado, no era accesible la bajada al subterráneo chiribitil para un hombre de tanta edad. No insistió, atendiendo á este inconveniente, y pensativo y cabizbajo prosiguió su camino. Poco después entró en el convento del Sacramento, dirigióse al archivo, y se dedicó á examinar papeles y documentos antiguos.

El otro sacerdote, que se había alejado con tanto apresuramiento de la obra de la casa en derribo, hallábase ya en presencia del obispo, su prelado, á quien había pedido ver con urgencia.

– Señor obispo, le dijo con voz alterada, perdone S. I. si le molesto tan temprano. Hace un mo-



1. Estación de Duchak en el ferrocarril transcaspiano

mento me sentía morir y no quiero llevar á la eternidad el peso de mi culpa. Oígame en confesión y revelación.

– Sea, dijo el prelado.

– Hace cerca de setenta años, prosiguió diciendo el sacerdote, era yo casi niño, vivía con mi padre, y por descuido de éste y eterna desgracia mía, impulsado por infantil curiosidad, presencié oculto un suceso horroroso é inaudito.

El eclesiástico hizo entonces relato detallado de la sacrílega escena en que intervino la monja portera del convento del Sacramento, relato que el obispo oyó mudo de asombro.

– Aquel suceso, continuó diciendo el eclesiástico, quedó hondamente grabado en mi memoria y ha sido el torcedor de mi vida. Uno de aquellos impíos, quizá el principal, era mi padre. Afortunadamente desde los albores de la juventud yo no me eduqué con él y no pude ser contaminado por el veneno de su execrable locura. Mi abuela materna me inspiró el santo temor de Dios, y sea por vocación, ó como expiación inconsciente de la culpa de mi padre, abracé la carrera eclesiástica. Cuando murió mi padre, hace muchos años, yo que fuí su único heredero vendí la casa en que se perpetró aquel horrible atentado y cuanto poseía. Fundé un asilo benéfico y consumí mis bienes en socorrer á los pobres. Rico y con valiosas relaciones, no he querido avanzar en mi carrera, procurando con mi humildad redimir el pecado de la sangre que llevo en mis venas. He procurado ser bueno, pero una voz interior me grita incesantemente que no lo soy. Señor obispo, ¿se puede ser bueno, se puede ser sacerdote y encubridor de un sacrilegio no sabido en confesión?

– No, seguramente, contestó el prelado. Debió usted revelarle, por más que se lo impidieran altas consideraciones. El que todos los días eleva al Cristo en sus manos, debe ser puro de obra, de corazón, de pensamiento y de recuerdos.

– Señor, hace setenta años que sufro y lucho contra mí mismo. Postrado de rodillas, demando mi absolución. Estoy profunda y verdaderamente arrepentido.

– Puedo absolver á usted como hombre; como sacerdote sólo puede hacerlo el que todo lo ata y desata en la tierra.

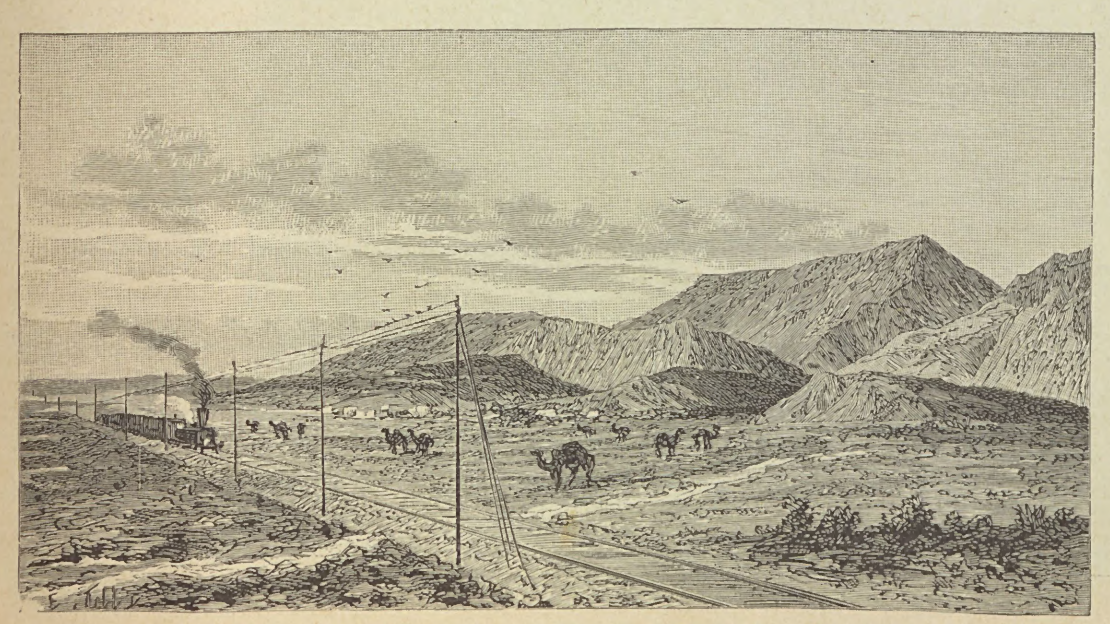
* * *

Tan fanáticos han sido Torquemada como Garibaldi. Aquél sacrificaba víctimas á la idea del cielo, y éste las sacrificó también en no escaso número á la idea de la felicidad humana.

Ahora bien: ¿cuál de los dos fanatismos es preferible: el de un bien ideal infinito, aunque dudoso, ó el de un bien material, que probablemente nunca se realizará en la tierra?

F. MORENO GODINO.

2. Estación de Geok-Tepe en el ferrocarril transcaspiano



3. Vista general del ferrocarril transcaspiano cerca de los montes de Kopet-Dagh

LOS FERROCARRILES DE ASIA

Por lo general, no se tiene idea exacta de la extensión de las transformaciones llevadas á cabo de seis años á esta parte en el Asia Menor, Palestina, Japón, China, Siberia y hasta en los desiertos del Turkestán por lo que respecta á las vías de comunicación y más especialmente á las férreas. Apenas si la construcción de la transcaspiana ha llamado un momento la atención hacia la gran evolución que está á punto de realizarse.

Y eso que el ferrocarril transcaspiano será el prototipo de las líneas de construcción difícil. En los países cruzados por él no había material de ninguna clase, y era menester llevar la madera, el hierro y hasta el agua. Entonces se hizo un tren-cuartel llamado *Ukladka*, compuesto de enormes vagones de dos pisos que contenían el alojamiento de los trabajadores, carnicerías, cantinas, fraguas, etc.

Los esfuerzos del general Annenkof y de sus colaboradores han sido grandes. En muchos puntos tenían que allanar obstáculos que parecían insuperables; sobre todo, entre Merv y Tchardjoni hubo que establecer la línea sobre movedizas dunas de 60 metros de altura. El problema que para conseguirlo hubo que resolver era de los más arduos, y por espacio de mucho tiempo no fué posible enseñorearse de las arenas, hasta que por fin se obtuvo la solidez necesaria mediante una mezcla de arcilla y agua de mar.

La travesía del río Amu ó Amu-Daria que se efectúa por un puente de millares de tablones ha requerido no menor esfuerzo. En más de mil kilómetros á la redonda no había un solo árbol. Y sin embargo, la línea no ha costado más de 120.000 pesetas por kilómetro. El bajo precio de la mano de obra ha contribuído mucho á la economía de la construcción, pues los rusos han tenido el gran mérito de transformar rápidamente en braceros, albañiles y carpinteros á esos turcomanos que, en su mayoría, no habían tocado una herramienta en toda su vida.

La explotación del ferrocarril transcaspiano es única en su género; casi exclusivamente militar, presenta particularidades que sorprenden á los que están acostumbrados á las explotaciones europeas. En esta línea no hay ninguna casilla de guarda, pero cada trece kilómetros se eleva una torre que sirve como de atalaya. Unos vigilantes á caballo recorren el trecho comprendido entre estas torres. La escasez de estaciones impone á los viajeros la obligación de llevar consigo cuanto necesiten. Los grabados 1 y 2 representan dos estaciones importantes esta línea.

Se invierten siete días en ir de San Petersburgo á Samarcanda y cuatro de Tiflis á Merv; pero andando el tiempo se podrán efectuar con mayor rapidez estos viajes, pues hoy los trenes no andan más que á razón de 16 á 20 kilómetros por hora. Este ferrocarril está llamado á tener gran tráfico: una parte considerable de las exportaciones de Persia, en especial las del Jorasán, tomará esta vía, y el general Annenkof cree que en la región por él recorrida se podrán cosechar tales cantidades de algodón y á tan bajo precio, que Rusia dejará de ser tributaria del extranjero respecto de este producto. Hasta ahora no había más que un camino para expedir á Rusia las mercancías de Khiva, Bokhara y Samarcanda: el que pasa por Kazalinsk y Orenburgo. Gracias al nuevo camino de hierro, las mercancías serán transportadas en un mes y los viajeros en diez días.



ESTATUA DE SAN LUIS GONZAGA, escultura de J. Reynés (Salón Parés)



UNA VÍCTIMA DE MONTECARLO cuadro de J Garnelo

Apenas quedaba realizada esta importante empresa, y ya tenía Rusia otro proyecto más vasto y comenzaba la construcción de un ferrocarril que, atravesando toda el Asia, fuera á terminar en el Océano Pacífico, poniendo así en comunicación las líneas europeas con la red china.

El ferrocarril transiberiano, cuyo primer trayecto, el de Samara á Ufa, se abrió al servicio en 1888, tendrá más de 6.400 kilómetros de longitud, y por consiguiente la línea será más larga que ninguna de las grandes líneas transamericanas, y atravesará el Tobol por Tobolsk, el Irtich por Omsk y el Ienissei por Krasnojarsk. ¿Qué costará esta línea gigantesca? Difícil es calcularlo. Según presupuesto oficial, los gastos de construcción serán de 80.000 pesetas por kilómetro.

Témese que esa línea produzca más pérdidas que ganancias, porque la población de Siberia está tan diseminada, que una línea de más de 5.000 kilómetros no cubriría gastos. Las únicas personas que se aprovecharían de este ferrocarril serían los comerciantes que trafican con Siberia: así es que tiene contrarios, pero también partidarios decididos, entre los que figura en primera línea el Tsar, que ha ofrecido pagar gran parte del importe de su construcción y desea que quede terminada dentro de tres años.

Al contrario de su vecina la Rusia, China ha demostrado la mala voluntad más tenaz y decidida para la construcción de los ferrocarriles que se emprendían en aquel país, habiendo llegado el gobierno chino hasta el extremo de comprar una línea ya en explotación para destruirla. A pesar de todo, la sociedad minera de Kai-Ping trató de construir una vía férrea de 40 millas de longitud para enlazar sus minas de carbón de piedra con un río navegable. Desechada por dos veces su solicitud de autorización, al fin los hombres más liberales é ilustrados del imperio lograron convencer á las autoridades de que el medio más rápido del transporte del carbón era necesario á la potencia y eficacia de la escuadra del Norte, y se concedió con repugnancia el permiso para construir 7 millas de ferrocarril, pero con la condición de que había de ser un tranvía de tracción animal. La introducción del monstruo que despide humo y fuego, la locomotora, era lo que temían los hombres de Estado chinos. Añadíase á esto el temor de que una vez autorizado el ferrocarril en el país ya no habría resistencia á la invasión del genio occidental. Por espacio de algún tiempo se transportó la hulla en gran cantidad en trucs tirados por mulas.

Pero la compañía reunió clandestinamente las piezas que constituyen una locomotora: contrató á un maquinista inglés, el cual montó la máquina con el mayor secreto y la probó en las minas. Enganchóse la locomotora á un tren de trucs de carbón y partió por la línea á regular velocidad, habiéndola bautizado con el nombre de *Cohete del reino de las flores*.

Aunque el gobierno seguía negando su sanción oficial al uso de la locomotora, acabó al fin por mirarla con tolerancia ó indiferencia. La compañía pidió entonces á Inglaterra otras dos locomotoras, cierto número de trucs y tres ó cuatro coches de viajeros. Como el gobierno permaneciera callado, la compañía le pidió autorización para prolongar la línea hasta el río Peh-Tang, pues como el canal estaba helado muchos meses al año se hacía imposible el transporte del carbón á Tien-Tsin. Por un contraste singular el gobierno concedió al punto la autorización pedida, y á las siete millas ya construídas se añadieron otras veinte, y de este modo quedó establecida en China la primera vía férrea.

Posteriormente se han hecho allí nuevos esfuerzos, y hoy se prepara otra compañía á construir una línea de 127 millas entre Cantón y Kao-Lang, que se puede considerar como la primera sección de la gran vía que con el tiempo atravesará la China de Sur á Norte y unirá á Cantón con Pekín pasando por Han-Keu. Pero los progresos y la extensión de las líneas férreas serán siempre más lentos en el Celeste Imperio que en el resto de Asia á causa de las formalidades complicadas y de las condiciones que el gobierno impone á la formación de las compañías, y en efecto, únicamente los chinos pueden poseer acciones de ferrocarriles, cuya adquisición está vedada á los extranjeros.

En cambio en el Japón ha estimulado la construcción de estas vías y hoy cuenta con 1.445 millas, divididas entre el Estado, que tiene 540, y las compañías, que poseen 905.

Era natural que las Indias figurasen en primer término en esta lucha que los humoristas ingleses han dado en llamar «lucha por el riel.» Todo las favorecía: los capitales abundaban, las riquezas naturales de las regiones que las líneas debían atravesar eran considerables, las empresas secundadas por una administración inteligente; de suerte que la red india es la más completa y la que dispone de mejor material de todas las líneas asiáticas. Hoy esta red tiene 14.890 millas sin contar 2.000 en construcción.

Las posesiones francesas de la India están asimismo recorridas por vías férreas. En el reino de Siam, en la península de Malaca, los ingleses las han construído ya; pero donde más se hace sentir la influencia de Inglaterra es en Siria y en el Asia Menor, donde luchan los tres elementos, francés, inglés y alemán. A una compañía alemana ha concedido el sultán la construcción de la línea de Ismidt á Angora, y á otra la de Diarbekir á Bagdad. Los ingleses han obtenido la de San Juan de Acre á Damasco, la de Mersina á Adana, y toda la red de Jonia, es decir, tres vías principales que parten de Siria é irradian por toda el Asia Menor. Los franceses construyen las líneas férreas de Panderma á Konich, de Jafa á Jerusalén, muy beneficiosa para los peregrinos, y de Beyruth á Damasco y al Haurán.

Son muchas las concesiones que se piden, la mayor parte hechas por sindicatos alemanes, ingleses y aun orientales; pero estos ferrocarriles del Asia Menor dejan mucho que desear, y la regularidad del servicio, el material, la organización de las estaciones, todo anda á la «oriental,» y aun se ha dado el caso de que cuando las líneas están construídas, los trenes no salen, como ha sucedido con la de Mondania á Brusa, que existe hace diez y seis años y que jamás ha funcionado ¡por no encontrar el Tesoro el dinero suficiente para comprar una locomotora y vagones! – X.

NUESTROS GRABADOS

Consuelo, cuadro de D. Juan Llimona. – Llimona es pintor religioso por excelencia, pero no de los que conocemos con este calificativo por dedicarse con especialidad á pintar en sus lienzos sagradas imágenes, sino porque en los de dicho artista, aunque representen asuntos profanos, predomina siempre la idea mística y religiosa.

Su cuadro *Consuelo* es una nueva prueba de esta tendencia. La religión, personificada en un sacerdote, se lo presta al desconsolado viudo que acaba de recibir un golpe terrible perdiendo á la compañera de toda su vida, y que escucha postrado de hinojos, con dolorosa á la vez que cristiana resignación, las palabras que el ministro del Señor le dirige para mitigar su quebranto. No se ven los rostros de estas dos figuras, pero se adivina su respectiva expresión. En cambio las que aparecen en segundo término tienen el mérito de que en la misma impasibilidad de sus facciones revelan la compasión que aquel desdichado les inspira, pues no es una impasibilidad indiferente, sino la que resulta del recogimiento, de la piedad, de la fúnebre solemnidad del momento.

Este lienzo, realzado por su bellísimo efecto de luz solar que, contrastando con la negrura del ánimo de los circunstantes, penetra radiante al través de la vidriera, cual si el cielo quisiera confirmar por tal manera las consoladoras frases del sacerdote, constituye una obra de arte que impresiona, cautiva, produce en el ánimo cierta plácida melancolía y avalora una vez más las aptitudes pictóricas que tanto distinguen á nuestro estudioso compatriota.

Maniobras militares. – La prensa diaria, especialmente la barcelonesa, ha dado minuciosos detalles, en telegramas y correspondencias, de las maniobras ha pocos días efectuadas en los campos de Monzón y Binefar por los ejércitos de Aragón y Cataluña. El escaso contingente de nuestras tropas, comparado con el de las grandes potencias europeas que en análogos ejercicios reunen muchos millares de soldados, no permite á los periódicos españoles de la índole del nuestro representar gráficamente esas grandes escenas que ofrecen considerables masas diseminadas en dilatadas extensiones de terreno; pero sí reproducir por medio del grabado la típica marcialidad de nuestras tropas, cualquiera que sea el arma á que pertenezcan, y alguno que otro episodio, fácilmente comprensible sin necesidad de detallada descripción, de los que se desarrollan en esos guerreros ensayos. La fotografía, tan exacto como indispensable auxiliar hoy de toda suerte de empresas, ha tomado su parte en ellos, y merced á su ayuda podemos incluir en nuestras columnas los curiosos cuadros que darán una idea al lector de algunas de las escenas de las citadas maniobras.

Fiestas del Centenario del descubrimiento de América en Barcelona. – Muchas son las censuras que se han dirigido á la Comisión organizadora de las fiestas celebradas en nuestra ciudad con motivo de la citada conmemoración, y aunque estas censuras han sido en gran parte justas, principalmente por el desconcierto que se ha notado en la realización del programa, hay sin embargo que confesar que algunos de los proyectos llevados á cabo no han desmerecido de la fama de esplendidez y buen gusto de que goza Barcelona.

Varios de los diferentes cuadros que se representan en nuestro grabado dan una ligera idea de lo que estos festejos han sido. Prescindiendo de la batalla de flores, que no fué sino un ligero y lastimoso ensayo en el que, más que en otra cosa, se echó de ver la falta de organización y de práctica, otros festejos así como varias manifestaciones tuvieron el éxito apetecido.

Una de estas fué la misa de campaña celebrada en la base del magnífico monumento de Colón, y que oyeron, ó mejor dicho, presenciaron con admirable compostura millares de soldados y paisanos que se extendían por el paseo de aquel nombre y por la Rambla de Santa Mónica. El sitio, la inmensa y silenciosa muchedumbre, los ecos de las bandas militares tocando la marcha real en el momento de elevar el sacerdote celebrante la Sagrada Hostia en el altar improvisado á bastante altura en el mismo monumento, la gallarda estatua del insigne navegante dominando sobre todo y confundiéndose con el purísimo azul del cielo, los mástiles de los centenares de embarcaciones que formaban el fondo de tan hermoso cuadro, todo ello constituía un conjunto que llenaba el alma de consuelo, pues derivaba de un homenaje tributado al cielo y á la tierra, á la divinidad y á una de sus más grandes hechuras, á Dios y á Colón.

Digno complemento de esta solemnidad religiosa fué la función celebrada en nuestra catedral. El severo y espacioso templo era estrecho para contener bajo sus naves la multitud de fieles que á él acudió, tanto para asociarse á las preces y alabanzas al Eterno, cuanto para admirar el adorno é iluminación dirigidos por el conocido artista Sr. Pascó, tan competente en estos asuntos. Plácemes justos ha merecido tan esplendente ornamentación, que sin perjudicar á la majestad del sagrado recinto, ha realzado sus admirables líneas arquitectónicas y enaltecido con suntuosidad bien entendida el extraordinario acto que allí se verificaba.

Otro de los cuadros de nuestro grabado representa el disparo del castillo de fuegos artificiales enfrente del Arco de Triunfo erigido en el Salón de San Juan en conmemoración de la Exposición universal de 1888. Estos fuegos de artificio fueron bastante notables, tanto por la variedad de las piezas cuanto por la novedad de algunas de ellas.

De encontradas opiniones ha sido objeto el adorno del bello paseo de Colón; pero los que lo censuran no han tenido en cuenta que, si en rigor pecaba de monotonía, aun dentro de su variedad, se ha demostrado con él, según ya hemos dicho en otra parte, que Barcelona, cuando quiere y hay dirección, puede mucho; pues sólo una ciudad de tanto vigor, desprendimiento y entusiasmo artístico como la nuestra es capaz de ejecutar en un par de semanas el gran trabajo que dicho adorno representaba.

Y en efecto, sin ese entusiasmo, sin ese arranque poderoso que allana todas las dificultades no es posible improvisar en tan breve espacio de tiempo centenares de enormes bustos de todas las razas que poblaban la América desde el cabo de Hornos hasta el mar de Hudson; no pueden construirse tantas reproducciones de colosales esculturas americanas, como las cariátides toltecas, las estatuas de los dioses Teoyamici y Haloc, los ídolos de Copán y del país de los lacaudones, los bajos relieves de Palenque y de Chichén Itza, así como los múltipes mapas, trofeos, armas, y demás adornos que nos retrotraían á aquella apartada época, ni por fin, los numerosos flameros y demás adecuados accesorios que convertían el paseo de Colón en una especie de museo etnográfico y arqueológico de la historia del descubrimiento de América.

Lunares habrá habido en esta obra en cuanto á trabajo estético, pero aunque sólo sea por la idea que la ha inspirado y por la rapidez de ejecución, se ha hecho digno de aplauso su director el pintor D. Ramón Padró.

Típico también, de buen gusto y vistosísimo ha sido el adorno de las torres de la catedral, que aunque consistente sólo en banderas y flámulas, estaban éstas dispuestas con tal arte y sus colores tan bien combinados que han llamado con justicia la atención.

San Luis Gonzaga, escultura de D. José Reynés. – El que sólo conociera á Reynés por sus esculturas profanas y no hubiese sabido, ahondando en ellas, descubrir un soplo del genio, indicio claro de aptitud para las más difíciles empresas, pudo quedar sorprendido al contemplar hace pocos días en el Salón Parés la preciosa estatua que reproducimos: no así los que de antiguo saben cuánto vale y cuánto puede el ilustre escultor catalán, que harto convencidos estaban de que en Reynés se juntan las privilegiadas dotes necesarias para crear tal maravilla, pues no de otro modo puede calificarse la hermosa figura que tantas bellezas atesora desde cualquier punto de vista que se la considere. Si en el elemento psicológico nos fijamos, nada más bello, nada más real, dentro del idealismo en que la obra está inspirada, que aquel rostro en el cual más que los estragos de las materiales mortificaciones se admiran la huellas del amoroso fuego en que se consumió aquella alma pura, entregada al más sublime misticismo y alentada por los inefables goces de que es fuente inagotable el amor divino. Y si, dejando á un lado lo que al espíritu atañe, buscamos en la escultura de Reynés las bellezas plásticas, difícilmente hallaremos palabras con que expresar los primores de ejecución que su obra contiene, ya que es punto menos que imposible conseguir mayor verdad en el modelado de la cabeza y de las manos y sobre todo de los hábitos que el santo viste, y en los cuales hay tal riqueza de detalles, tales prodigios, que apenas se concibe cómo el artista pudo vencer la dureza del mármol hasta el punto de hacer con él lo que aun con materia más dúctil hubieran hecho pocos.

Con ser muchos los triunfos obtenidos por el Sr. Reynés durante su gloriosa carrera, creemos que uno de los más grandes es el que le ha proporcionado su San Luis Gonzaga y por el cual le enviamos nuestro más entusiasta y sincero aplauso.

Una víctima de Montecarlo, cuadro de J. Garnelo. – Hasta ahora la pluma había censurado el vicio del juego, que si en todas partes tiene su asiento, en ninguna tan ostensible y descaradamente como en ese bellísimo á la par que funesto rincón de Europa que se llama Montecarlo. Justo era que el pincel coadyuvara á esa censura, representando la desesperación de los ilusos que en las salas de juego de aquel suntuoso casino pierden su capital y á veces su honra, cuando ya no la vida, sumiendo al propio tiempo en la miseria y la desesperación á las personas que de ellos dependen.

Así lo ha hecho Garnelo en el hermoso cuadro del que es reproducción nuestro grabado. Tardío aunque sincero es el dolor del individuo que, mesándose los cabellos, lamenta el triste resultado á que le ha conducido un inmoderado afán de riquezas mal adquiridas; severas cuanto justas las recriminaciones del anciano caballero, su padre quizás, que le vitupera por su falta; dolorosa la actitud de la esposa, que no sólo perderá sus elegantes galas, sino la suspirada tranquilidad y holgura de su existencia. Estas tres figuras encierran todo un poema, que podía haber sido de más lamentable efecto si el pintor hubiese representado una familia en desnudez completa, hijos que pidieran pan y un padre suicida tal vez; pero Garnelo, huyendo del crudo naturalismo, se ha limitado con razón á presentar el hecho bajo su aspecto menos repugnante, con lo cual, á la par que lo anatematiza, demuestra poseer condiciones verdaderamente artísticas.

Andrómaca esclava, cuadro de sir Federico Leighton. – Conocida es la historia de la infeliz Andrómaca que han inmortalizado Homero en su *Ilíada* y Eurípides y Racine en sus tragedias. Hija de Eción, rey de Tebas, y esposa de Héctor, vió perecer á su padre y á sus siete hermanos á manos de Aquiles, y más tarde á su madre, á su esposo Héctor y á su hijo. Pirro la hizo su esclava, y después de haber tenido de ella tres hijos, se la cedió á su esclavo Heleno. De su cautiverio en Epiro ha tomado asunto el famoso pintor inglés Leighton para el bellísimo cuadro que reproducimos y regalamos como *Suplemento* á nuestros suscriptores, composición grandiosa y con extraordinaria maestría ejecutada, en la que es de admirar, así la verdad histórica como las bellezas técnicas que tanto abundan en el lienzo.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Y le parecía doblemente pobre su hija que, no siendo rica, había ido á vivir por disposición del hado junto á la opulencia, y á veces le sobrevenían impulsos de marcharse de aquella casa é irse á vivir lejos con su hija; pero cuando ésta, muy aficionada á las comodidades, á la riqueza y hasta al lujo, le decía: «¡Qué infelices deben ser los pobres; yo, si fuese pobre, si no viviese en una casa hermosa, creo que me moriría,» aquella pobre madre sentía disminuir su ánimo y desvanecerse su resolución, proponiéndose ya solamente corregir á su hija de su excesivo amor á la opulencia, y la sermoneaba, diciéndole que el dinero no da la felicidad, y la aconsejaba que se contentara con poco y que moderara sus deseos; pero la niña, meneando la cabeza, solía contestarle:

– Todo eso está muy bien, mamá; pero no me gustaría esa vida.

Naturalmente, á medida que crecía, aunque continuase siempre deseando todo cuanto tenía Sofía, no tomaba ya rabietas; pero siempre que á su compañera se le regalaba alguna chuchería, se ponía triste, melancólica, exhalaba profundos suspiros y se le llenaban los ojos de lágrimas hasta que su madre, que sólo vivía por ella, la cogía en brazos y le preguntaba la causa de su tristeza; y cuando Laura le confesaba que era porque no tenía un vestido, un brazalete ó un alfiler como los de Sofía, la pobre madre se privaba de lo más necesario y hacía sacrificios por comprárselos, hasta que lograba que volviera la sonrisa á la contristada faz de su querida hija.

Salvo estas ligeras nubecillas, las dos niñas vivían en muy buena armonía; Sofía, siempre buena y complaciente, no tenía más voluntad que la de Laura, y después de haber pasado su infancia sin jugar con ninguna niña de su edad, le era doblemente grata la compañía de su amiga y la quería como á una hermana. Laura también la quería, pero á su modo, con tal que hiciese cuanto quería; y cuando la veía bondadosa, complaciente, dispuesta á satisfacer sus deseos, la abrazaba con impulso afectuoso, y la besaba, llamándola su buena amiga, su Sofía; pero si ésta no se sujetaba al punto á su voluntad, montaba en cólera, le hacía mala cara, no le hablaba, y Sofía, que se ponía triste cuando su amiga se enfadaba, sentía su corazón oprimido y se apresuraba á contentarla para hacer las paces.

Así crecían las dos niñas. Sofía siempre delicada y delgada como una caña; Laura fuerte, vigorosa, con las mejillas teñidas de ese carmín que revela salud; llevando una vida común, siempre juntas en el paseo, en el estudio y en la labor, dirigidas por Elvira, que era al mismo tiempo excelente madre y cuidadosa institutriz.

Conforme crecían las niñas, su cometido era más difícil y debía estudiar para seguir siendo su única institutriz. A menudo, cuando ellas andaban por la casa ó por el jardín, dando rienda suelta á las ingenuas confidencias de su edad, Elvira estudiaba ó procuraba vencer alguna dificultad en el piano para poder aleccionar á sus discípulas. Y cuando á veces las veía juntas, cogidas del brazo y charlando con toda la sinceridad y franqueza de sus pocos años, no podía menos de pensar cuál sería el porvenir de su hija, y este pensamiento la preocupaba desagradablemente; verdad es que Laura era más hermosa que Sofía, la cual seguía siendo tan poca cosa como cuando pequeña; pero era rica, llevaba un nombre sin mancha, mientras que Laura...

Cuando tal idea cruzaba por su mente, se presentaba ante sus ojos toda su vida pasada, y sus muchos días infelices adquirían proporciones gigantescas; parecíale ver á su marido dispuesto á vengarse de ella y de su hija, le daban terribles impulsos de arrojarse sobre él y, vituperándole por haber causado la pérdida de su bienestar, pedirle el porvenir de su hija.

Luego se sublevaba de tal modo contra la humanidad y sus injusticias, no sin sentir cierta envidia por la suerte de Sofía, que tenía que hacer grandes esfuerzos para no dar á conocer las pasiones que agitaban su alma, y al menos quería hacer todo cuanto le fuera posible para que Laura fuese en algo superior á su amiga.

La retenía á menudo consigo mientras Sofía dormía en la habitación contigua y procuraba explicarle las lecciones dadas durante el día para que aprendiese mejor; luego leían juntas libros difíciles que Sofía ni siquiera hubiera podido entender, y ponía cuanto estaba de su parte por que Laura la pudiese aventajar en inteligencia y conocimientos, del mismo modo que la superaba en belleza.

Y esto le era tanto más fácil cuanto que Sofía no podía dedicar muchas horas al estudio; estaba demasiado delicada, y su padre tampoco quería que se esforzase mucho, no tenía empeño en que fuese una mujer de ciencia.

Por esto, Sofía era la primera en reconocer por tal concepto la superioridad de Laura; pero no se la envidiaba; antes al contrario, cuando encontraba en un libro una frase difícil, acudía á su amiga para que se la explicara. En lo que Laura no podía excederla de ningún modo, por más que hacía su madre, era en la delicadeza de sentimientos; si había que dar un consuelo ó que aliviar una miseria, la hija del barón estaba siempre dispuesta, y en vano Elvira presentaba á Sofía ante su hija como un ejemplo digno de imitar; Laura no podía comprender ciertas cosas; la miseria, los dolores le hacían daño y procuraba ignorarlos ú olvidarlos.

– ¿Qué quieres?, decía; yo soy así; si acude á mí un pobre, le doy una limosna para quitármelo de delante, pero no me siento inclinada á ir á buscarlo como hace Sofía.

Elvira, pensando en la suerte que tal vez cupiera á su hija, le tenía lástima y decía:

– ¿Quién sabe lo que le tendrá reservado el destino? Más vale que ahora disfrute de la vida.

Al principio siempre tenía miedo de su marido, del cual no se volvió á saber nada á pesar de las pesquisas al efecto practicadas.

– Debe haber cambiado de nombre, le había dicho el inspector de policía; y mientras no se dé á conocer de algún modo, vale más dejarlo en paz.

Pero viendo que el tiempo pasaba sin que su marido diera señales de vida, se fué tranquilizando y continuaba su vida monótona, pero sosegada.

El barón había vuelto á dedicarse á su grande obra filosófica, que avanzaba á paso de tortuga. Reunía documentos humanos para coordinarlos después y citarlos como ejemplos. Revisaba diariamente gran número de periódicos, especialmente los que daban cuenta de procesos y delitos y crímenes, para añadir algún personaje más á las víctimas y verdugos y para dar mayor fuerza á los capítulos que debían tratar de las injusticias humanas, y de este modo, á fuerza de paciencia inaudita, como un obrero, escogía las piezas para hacer después su trabajo de incrustación, y cuando alguien le preguntaba por este trabajo, contestaba siempre:

– Si se quiere que una obra sea duradera, se ne-



– ¡Qué infelices deben ser los pobres!

cesita tiempo y paciencia; el tiempo no respeta sino lo que se ha hecho por su mediación.

Y trabajaba de continuo, en la convicción de que hacía una obra que había de durar siglos y de producir inmensos beneficios á la humanidad.

XI

Habían transcurrido algunos años y podía ya decirse que Elvira y su hija formaban parte de la familia del barón, hasta el punto de que cierto día se le ocurrió á Sofía dar el título de tía á la institutriz y el de prima á Laura, y desde aquel momento las presentó á todos en tal concepto.

– Era un fastidio, decía á su padre, decir siempre que Laura era la hija de mi institutriz, y además eso no estaba bien.

– Y ¿por qué no la llamas de una vez hermana?, le preguntó el barón; sería aún más grato.

– Porque entonces habría debido llamar mamá á Elvira, y este es un nombre que no me gusta darlo á nadie; me parece que mi pobre mamá se disgustaría.

Aparte de esto, aunque la llamase prima quería á Laura como hermana, y por más que sus caracteres fuesen tan diferentes, siempre estaban de acuerdo.

Toda la familia seguía, como siempre, pasando los dos meses más fríos del año en Milán y los restantes junto al lago, donde las niñas con su alegría juvenil alegraban la quinta. A veces se les ocurría introducir innovaciones en el jardín, y siendo posible, el barón procuraba satisfacer sus deseos. En estos casos era siempre Laura la que tomaba la iniciativa y Sofía la que hablaba del asunto á su padre.

– ¡Qué conveniente sería hacer una azotea que diese al lago!, decía Laura.

– Tienes razón, contestaba Sofía; se lo diré á papá.

Y de este modo se procedió á construir una azotea en la orilla misma del lago, un kiosco en lo más escabroso del bosque y se adornó el jardín con nuevas plantas y flores.

Transcurrían deliciosamente las veladas de verano y de otoño, especialmente cuando acudían á pasar la temporada muchos forasteros.

D. Carlos volvía todos los años, siempre con su acostumbrado buen humor, y divertía mucho á las niñas; éstas á veces tocaban el piano y cantaban, pero cuando había jóvenes preferían bailar.

En sociedad brillaba mucho más Laura, porque tenía más soltura, más conversación, cantaba y tocaba mejor que Sofía, y Elvira no cabía en sí de gozo al ver los triunfos de su hija.

Por más que se propusiera querer á las dos niñas con igual cariño, su corazón, como es natural, era más de su hija, y aun cuando no mediase esta circunstancia, la quería doblemente porque era más desgraciada, y temblaba viéndola crecer y hacerse una moza. ¿Qué porvenir podía esperar una joven sin medios de fortuna y con un padre que había estado en la cárcel? Al pensar en ello se le helaba la sangre en las venas, pero luego se tranquilizaba jurando que la haría feliz á toda costa, y hasta le parecía justo que su hija pudiese gozar de la felicidad de que á ella le había privado.

Sin embargo, si se admiraba más á Laura, Sofía era más querida. Su mayor gusto consistía en correr allí donde se necesitaba algún socorro, donde había sucedido alguna desgracia. No había en toda la comarca nadie que tuviera más destreza para curar una herida que aquella delicada jovencita, para asistir á un enfermo ó animarlo con una palabra de consuelo.

Cuando el médico necesitaba un ayudante, enviaba á la quinta en busca de la señorita Sofía y ésta se apresuraba á acudir al llamamiento, prestaba su ayuda con sus manecitas expertas y delicadas, y luego daba las gracias al doctor por haberle proporcionado la satisfacción de ser útil para algo.

Los enfermos más rebeldes se sometían á su voluntad, los niños tomaban las medicinas más amargas cuando ella se las daba y la llamaban el hada de los cabellos de oro. Nadie como ella sabía mullir y colocar las almohadas bajo la cabeza de los enfermos, andar por la habitación del paciente y propinarle los medicamentos.



Le gustaba almorzar en una posada de aldea...

El médico se quedaba á veces contemplándola con admiración y exclamaba:

– ¡Parece imposible! Cualquiera diría que ha nacido para enfermera.

Luego, volviéndose á la joven, le decía:

– Pero ¿cómo se arregla usted? Si yo toco á un enfermo grita como un energúmeno, y á usted se lo consiente todo; debe usted tener una magia especial.

Y la joven sonreía y contestaba:

– Toda mi magia consiste en que lo hago de buen grado y que me gusta; habría nacido para hermana de la Caridad, y tanto que me gustaría que hubiese guerra para ir á curar á los heridos.

Su padre la dejaba hacer y aun se complacía en ello; no era un filósofo humanitario de nombre solamente; pero jamás habría confesado que su hija era mucho más útil á la humanidad que él que se contentaba con la teoría, mientras ella ponía en práctica sus consejos.

Laura jamás acompañaba á su amiga en sus excursiones humanitarias; le hacía daño entrar en la habitación de un enfermo; era de esas personas que para no molestarse alegan el cómodo pretexto de que no sirven para ello; había nacido para la animación, las fiestas y la alegría, y cuando Sofía le contaba que había curado las llagas de una pobre enferma ó calmado el dolor de un niño herido, ella sentía náuseas y encargaba á su amiga que le hablase de cosas más alegres.

Así como para Sofía era una necesidad ser útil á sus semejantes, así también Laura la tenía de ser admirada y de vivir una vida cómoda y sin molestias; era innato en su corazón el instinto del lujo, del esplendor, como si hubiese vivido siempre en un palacio. Tenía pocos vestidos, pero de perfecta elegancia; habría preferido quedarse siempre en casa á salir con un sombrero de poco valor, y no llevaba guantes como no pudiera tenerlos de cinco ó seis botones. En varias ocasiones le habían regalado pulseras de plata, pero las tenía guardadas en una caja, y ostentaba constantemente un aro de oro con que el barón la había obsequiado un año el día de su santo.

– Se puede pasar sin alhajas, decía; pero cuando se llevan es preciso que sean buenas.

Sofía pensaba de muy distinto modo y llevaba alegre y contenta cualquier bagatela que se le regalase, aunque sólo fuera para demostrar su agradecimiento. Le gustaban mucho las partidas de campo y almorzar sin ceremonias en alguna posada de aldea, con cubiertos de metal ó de madera, servilletas de lienzo casero y sillas de enea, y hasta beber leche recién ordeñada en horteras, al paso que para Laura tales excursiones eran un suplicio; iba á ellas por no disgustar á su amiga, pero de mejor gana se habría quedado en casa. Para ella no tenía ningún atractivo el almorzar en una estancia ahumada y con servilletas y manteles ordinarios; le era indispensable un local elegante y lujosamente amueblado, y á un asiento de piedra en medio de los campos prefería un blando sillón forrado de seda ó terciopelo.

XII

Entre los muchos huéspedes que entraban en la quinta ó salían de ella, el barón vió llegar un día, procedente de Berlín, á Alberto Wolf, hijo de un íntimo amigo suyo, y lo recibió con sumo agrado, como representante en la quinta de su patria.

Era un joven melancólico, cosa rara en sus pocos años. Su padre escribió al barón recomendándole lo que más quería en el mundo, á su querido y único hijo, que habiendo herido grevemente á un amigo jugando con un arma, se dejó dominar de la tristeza hasta el punto de peligrar su salud y quizás su vida si no se lograba distraerlo de sus tétricos pensamientos. Tal era al menos el parecer de los médicos á quienes se había consultado, y la carta concluía así:

«Le envío bajo ese cielo risueño donde has encontrado un bálsamo para tus dolores; lo confío á tu amistad: haz por manera de devolvérmelo curado y alegre como antes, y te deberé eterno agradecimiento.»

El joven quería hospedarse en una posada próxima á la quinta para no causar tanta molestia al barón; pero éste se negó en absoluto á ello diciéndole:

– No puedo permitir que el hijo de mi mejor amigo no se albergue bajo mi hospitalario techo; mandaré preparar una habitación en mi propia quinta, y usted debe suponer que está en su casa. Cuanto más tiempo nos honre usted con su presencia, más agradecido y satisfecho quedaré.

– Pero debo advertir á usted que estoy muy triste y que mi compañía tiene poco de agradable, dijo el joven.

– Pues le alegraremos á usted; su padre le ha confiado á mi cuidado y no hay más que hablar.

El joven dió las gracias y tuvo forzosamente que aceptar.

Alberto Wolf era un joven de aspecto simpático, distinguidos modales y extraordinaria instrucción; pero en los primeros días habló poco, estaba casi siempre metido en su cuarto, saliendo únicamente á las horas de las comidas, y por la noche, atormentado por el recuerdo de una culpa involuntaria, no podía conciliar el sueño y bajaba al jardín, por el que paseaba como alma en pena.

Las muchachas se aburrían al ver á aquel joven triste y taciturno que parecía casi un intruso en la quinta y las tenía como cohibidas.

Y lo cierto era que, al contemplar su rostro aflictivo y meditabundo, no tenían ánimo para entonar como antes sus alegres canciones y prorrumpir en sus sonoras carcajadas. Más adelante empezaron ya á reirse del joven, y Laura le llamaba Jacobo Ortiz, y Sofía, Werther, y en efecto, parecía un hombre que pensara en suicidarse.

– ¿No sois capaces de infundirle un poco de alegría?, decía á las jóvenes el barón, que estaba preocupado al ver la constante tristeza de su huésped.

– ¿Qué remedio nos queda? No podemos hacerle reir á la fuerza, contestaban ellas.

– Proyectad excursiones, paseos; procurad distraerle.

– ¡Vaya un gusto!, decía Laura: hacer excursiones teniendo siempre delante esa cara tan fúnebre.

– ¡Pobrecillo!, pensaba Sofía. Debe ser muy desgraciado: da pena verlo tan melancólico; mucho me alegraría de que estuviese más contento, pero no me siento capaz de sacarlo de su apatía.

Por complacer al barón proyectaron expediciones á los montes y por el lago, y aunque el joven no tenía ganas de divertirse, sin embargo, por no mostrarse descortés con tan amables señoritas, aceptaba sus proposiciones; conocíase claramente que las acompañaba por no faltar á las leyes de la buena crianza y á sus hábitos de finura, pero que de mejor grado se habría quedado en casa tranquilo, entregado á sus tristes pensamientos.

Pero conforme iba pasando el tiempo, deponía poco á poco su taciturnidad, y si al principio no decía una palabra de la causa de su tristeza y rehuía toda conversación referente á ella, después contó al barón y á las dos amigas cómo un día fatal, al limpiar y enseñar á un amigo queridísimo un revólver, que no creía cargado, salió de pronto el proyectil, hiriendo gravemente al amigo.

– Murió poco después, añadió suspirando; me dijeron que no había muerto á consecuencia de la herida, pero yo no lo creo; verdad es que me ha perdonado, pero hubiera preferido morir yo.

– Dios lo ha dispuesto así, decía Sofía conmovida, pero no hay que afligirse del mal que causamos involuntariamente.

El barón apelaba á su filosofía para persuadirle de que la vida no significa nada, que no debemos hacer gran caso de ella, y que su amigo, si hubiese vivido, quizás habría sido desgraciado.

Elvira y Laura procuraban dar un giro más alegre á la conversación, pero Alberto se encontraba en un estado en que se complacía hablando de su sinsabor, y este asunto amenazaba convertirse para él en una idea fija.

– Me fastidia, decía Laura á su amiga. No sabe hablar más que de cosas lúgubres; me parece que después de tanto tiempo su amigo podía dejarlo en paz.

– Deja que se desahogue, si eso le hace bien, contestaba Sofía; de todos modos le prefiero tal como está ahora, porque al menos habla y se le puede consolar; antes ni siquiera se sabía qué pensaba.

Poco á poco, quizás por efecto de las reflexiones que le hacían sus amigos, del apacible ambiente en que vivía, ó porque el tiempo es el mejor sanador de las heridas morales, pasaba ya horas enteras sin hablar de su sempiterna cuestión, lo cual sucedía más á menudo durante alguna excursión, cuando acompañando á las dos alegres jóvenes le distraían su variada conversación y los encantadores paisajes que á cada momento se ofrecían á su vista.



Bajaba al jardín por el que paseaba como alma en pena

Cuando tal sucedía, las dos amigas se ponían tan contentas como si hubiesen alcanzado un triunfo, y se dirigían una mirada de inteligencia como si quisiesen decir: «Todavía no ha nombrado á su amigo; tenemos mucha maña en curar almas enfermas.»

Y cuando regresaban á casa, se apresuraban á contar al barón lo sucedido, llenas de orgullo.

La institutriz las acompañaba siempre en aquellos paseos; mas apenas hablaba, porque sobrados cuidados la preocupaban para poder pensar en los ajenos.

Wolf se curó por fin hasta tal punto que, en lugar de ceder á las excitaciones de las jóvenes para divertirse, llegó á ser él el iniciador de muchas excursiones, y se recreaba tanto, y tanto se había encariñado con aquellos sitios deliciosos, que la idea de tener que alejarse de ellos algún día le ponía melancólico de nuevo; pero en aquel momento no quería pensar en ello.

El barón escribió al padre de Alberto, contándole la curación de su hijo, y le rogó que se lo dejara más tiempo; á lo cual le contestó aquél que no deseaba otra cosa, y puesto que tanta virtud tenían para alegrar á su hijo lo tuviesen en la quinta todo el tiempo que quisieran, pues él no lo reclamaría, antes al contrario, prometía hacerles una visita en el próximo otoño, y entonces determinaría lo que más hiciera al caso.

Así pues, con pretexto de regocijar á Alberto, en la quinta nadie pensaba más que en divertirse. Ora se hacían excursiones á las montañas más elevadas, ora se daban paseos en lancha por el lago á la luz de la luna, y en los días lluviosos se tocaba el piano, se cantaba ó se jugaba al billar ó al ajedrez.

Apenas se vió libre el joven de los tristes pensamientos que por tanto tiempo le habían preocupado, cambió totalmente de humor, era un compañero alegre y comunicativo y las jóvenes descubrían diariamente en él nuevas y ventajosas cualidades; ya no le llamaban Werther ni Santiago Ortiz, antes al contrario, conocían que su marcha de la quinta dejaría en ella un gran vacío.

Aparte de esto, los paseos en su compañía eran muy instructivos, porque Alberto tenía verdadera pasión por las ciencias naturales y enseñaba á coger las diferentes plantas que nacían en aquellos montes y á formar con ellas un herbario; las jóvenes aprendían de memoria los nombres de estas plantas, se ingeniaban en clasificarlas con arreglo á sus especies, dejándose guiar por su amigo, y á cada descubrimiento de nueva planta palmoteaban de júbilo, y cuando lograban conocerla por su verdadero nombre ó recordar la familia á que pertenecía y obtenían elogios del profesor, como llamaban con frecuencia á su compañero, se ponían muy satisfechas.

Nunca se habían divertido tanto ni tenido tanto gusto en pasear por aquellas colinas; ahora sus expediciones tenían otro objeto, y este objeto era útil y agradable y se encontraban tan bien con su compañero, que si algún otro forastero se reunía con ellos, lo miraban como un intruso, y cuando comparaban á sus demás conocidos con Alberto, parecíales que éste los eclipsaba á todos.

Nadie tenía tanto ingenio ni tan felices ocurrencias como él; nadie como él estaba siempre dispuesto á complacer á los demás sin cuidarse de sí mismo.

A Sofía le parecía uno de aquellos caballeros de la Edad media que tan á menudo evocaba en su fantástica imaginación; en cambio, Laura decía que no podría compararlo con ningún personaje, verdadero ó ideal; era él y nada más.

Elvira, al ver la familiaridad con que se trataban los tres jóvenes y que de día en día aumentaba su intimidad, habló de ello al barón y le preguntó si sería ya conveniente dejar que Alberto se marchara al lado de su señor padre, puesto que estaba enteramente restablecido.

El barón, con su infantil ingenuidad y con su inexperiencia de las cosas del mundo, se echó á reir de los temores, á su juicio infundados, de la institutriz y le contestó:

– ¿Qué puede suceder? ¿No ve usted que son todavía niñas y se divierten en revolotear como las mariposas en primavera? Además, con un hombre del carácter de Alberto no puede suceder nada malo, ó á lo sumo, que acabe esto como casi todas las comedias, en casamiento. Más vale dejar que se diviertan mientras puedan, y que nuestro pesimismo no perturbe sus alegrías. Por desgracia, no dejará de llegar para ellos la época de los sinsabores; lo que ahora disfrutan, eso tienen adelantado.

Elvira había manifestado su opinión y su recelo en descargo de su conciencia; pero no quiso insistir, y en último resultado, con tal que á su hija no le sucediese nada desagradable, poco le importaba que Alberto continuase en la quinta.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UN BARCO DE ALUMINIO

La casa Escher y Wyss, de Zurich, acaba de construir para M. A. Nobel, de París, un gran barco de aluminio que circulará pronto por el Sena. Este yate presenta muchas disposiciones nuevas é ingeniosas, cuya descripción tomamos del *Engineering* de Londres.

El barco está puesto en movimiento por un motor de nafta, de tres cilindros simples. Toda la maquinaria es de aluminio, incluso el motor, excepto las manivelas y sus palancas. La caldera está formada de tubos de cobre espirales. La nafta está contenida en un gran depósito puesto á proa; este depósito comunica con la máquina por medio de tubos repartidos á un lado de la quilla. Sus principales dimensiones son: largo, 13^m,10; ancho, 1^m,82; alto, 0^m,889; calado, 0^m,66. Merced á unos compartimientos completamente cerrados y llenos de aire, el buque tiene gran estabilidad y es insumergible. Su peso total es de 1.525 kilogramos: la quilla, la proa y el timón son de aluminio forjado; los espesores de los mamparos varían de 2,54 centíms. á 0,158 íd., excepto en la cámara de las máquinas, en donde tienen 3,8 y 0,63 centímetros. Se ha dejado un espacio libre alrededor de los mamparos de 40,6 centíms.; las placas que cubren tienen espesores de 0,238 á 0,317 centíms. Unos 15.000 pernos de aluminio entran en esta moderna construcción.

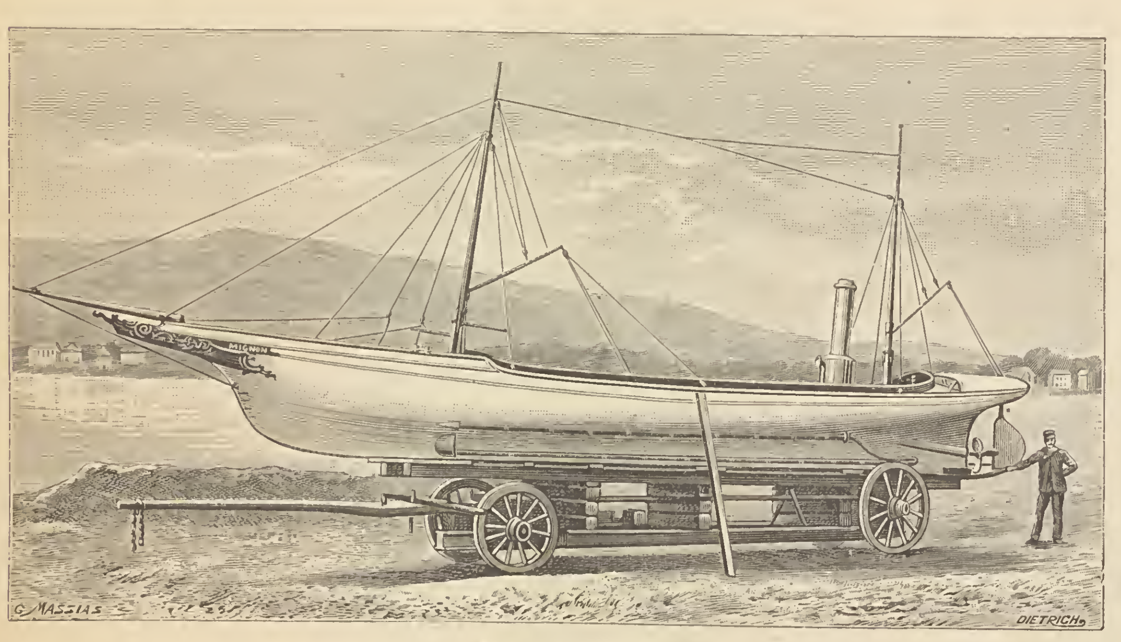


Fig. 1. *Mignón*, barco de aluminio

Para hacer el barco más ligero, todo el aparejo es de aluminio, en cuanto cabe. La madera empleada es cedro del Líbano. A proa hay un camarote de 2^m,43 de longitud que se extiende por todo lo ancho: su peso es solamente de 39 kilogramos. El techo está cubierto de seda azul guarnecida de oro. Un receptáculo de níquel plateado va situado á proa y contiene una brújula. No se ha dado ninguna mano de pintura al casco de este barco, así es que conserva su color de plata. La fig. 1 da una vista del conjunto del *Mignón*.

La botadura de este curioso barco se efectuó el 1.° de junio de 1892 en el lago de Zurich; la velocidad alcanzada ha sido de 13 kilómetros por hora con un consumo de 7,957 kg. de nafta.

Examinemos ahora la parte mecánica de la nueva construcción.

Según hemos dicho, el motor es de tres cilindros de simple acción, y está enteramente encerrado. Las tres válvulas de admisión funcionan merced á un árbol motor puesto en movimiento por un aparato montado á su vez en el árbol de la hélice. Un volante de mano *k* (fig. 2) está colocado al exterior de modo que al hacerle girar á un lado ú otro, cambia la posición relativa de las válvulas y se obtiene así la inversión de la marcha.

La caldera está situada encima de la máquina; consiste en una espiral de cobre fuerte, sometida á una presión de 17 kilogramos por centímetro cuadrado. Esta espiral va metida en una cámara de cobre en cuyo fondo hay dos quemadores; uno grande de corona D, y otro, C, para encender la nafta (fig. 3). Ésta va primero del fondo del depósito situado á proa del barco por medio de una bomba G (fig. 2). Para mantener siempre frío este depósito, hay dos aberturas por las que corre el agua cuando el barco está en movimiento. Desde la bomba, la nafta llega al extremo inferior de la espiral de cobre y se reduce á vapor. Al salir de *b*, la mayor parte de este vapor baja por el tubo central que conduce á la válvula de la máquina; pero al mismo tiempo una fracción pasa por el tubo *c* (fig. 2), atraviesa un inyector de aire *d*, donde aspira aire y pasa al quemador D. El vapor se condensa á su salida de los cilindros en depósitos especiales.

Las operaciones para poner el barco en marcha son las siguientes: se establece ante todo una presión en el depósito de nafta comprimiendo el aire con una bomba de mano; en seguida se abre el tubo que comunica con el pequeño quemador C y se enciende este último: pasa entonces la nafta á la espiral de cobre, donde se calienta y vaporiza. En breve se eleva la presión; se acciona la llave que conduce al inyector, y el vapor no tarda en salir por el quemador grande D, según hemos explicado antes. Se le inflama y el barco está pronto á marchar.

Esta aplicación del aluminio á los barcos de recreo, sobre todo con los últimos perfeccionamientos introducidos en los aparatos motores por los señores Escher y Wyss, es muy interesante, y desde luego se puede augurar que tendrá gran desarrollo.

*
* *

ENVENENAMIENTOS EN LA INDIA

Por espacio de muchos años los ingleses han tenido que luchar con las sectas de los hindos fanáticos. Una de las más temibles era la de los thugs, de la que Mery nos ha dejado una descripción fiel y curiosa en su novela de la guerra del Nizam. Los thugs ó fanzigars tenían adeptos en todas las provincias; viajaban aislados ó en partidas, atraían á sus víctimas valiéndose de mil medios, las estrangulaban y hacían desaparecer el cadáver. Acosados por todas partes, entregados á las autoridades por sus mismos correligionarios, los thugs han desaparecido gracias á los esfuerzos del capitán Sleeman, y desde hace unos veinticinco años ya no se tiene noticia de crímenes de esta clase.

En cambio los envenenamientos se han multiplicado mucho y los thugs han reaparecido bajo otra encarnación, la de los *daturiahs* y *meetawalla;* los primeros, así llamados del nombre de uno de sus venenos favoritos, el datura; los otros, porque se valen para administrarlo de preparados azucarados, á los que tienen mucha afición los indígenas. El veneno no es siempre el mismo: entre las substancias vegetales, las más empleadas son el opio y sobre todo las variedades de datura. Este vegetal tiene tres especies muy tóxicas: la *datura fastuosa*, la *alba* y la más conocida en farmacología, la *datura stramonium*.

Los envenenadores hacen uso del polvo de simiente y de la esencia destilada, que ó mezclan con los alimentos ó echan en el te. Como se ha hecho observar en los procesos, no siempre se administra el veneno con el propósito deliberado de dar la muerte. Muchos de aquellos bandidos apelan á él tan sólo para facilitar sus robos, narcotizando á las víctimas y anulando toda defensa.

Con todo, sus intenciones no parecen tan pacíficas y muchos individuos de tan terrible secta cometen crímenes por venganza, por fanatismo irrreconciliable, pues en muchos casos envenenan los ganados. En diez años se han contado en la presidencia de Bombay hasta 750 animales exterminados por tal manera. En igual espacio de tiempo y en la misma región de Bombay ha habido 1.095 casos de envenenamiento de personas, 500 de ellos seguidos de muerte.

En esta cifra, comunicada por el laboratorio químico-médico de Bombay, el datura figura en tercer término como agente de destrucción; el arsénico y el opio se han empleado con mayor frecuencia.

*
* *

LA FUERZA DE LAS OLAS

Es sabido que el movimiento de las olas constituye una pujanza formidable siempre renaciente, que acaba por destruir las materias más resistentes, los obstáculos más enormes; casi no es posible hacer uso de un dinamómetro cualquiera para medir esta fuerza; pero se pueden reunir siquiera observaciones que permiten apreciarla con bastante exactitud.

En las islas Shetland se han hecho algunas muy curiosas acerca de este asunto; sábese que el mar es particularmente duro alrededor de estas islas. Allí se ha podido ver á menudo el mar, durante alguna noche de temporal, llevarse á cien metros del sitio donde estaban por la mañana enormes peñas de gneiss que pesaban más de tres toneladas. Otros ejemplos podrían citarse que patentizan la asombrosa fuerza que produce el movimiento de las olas.

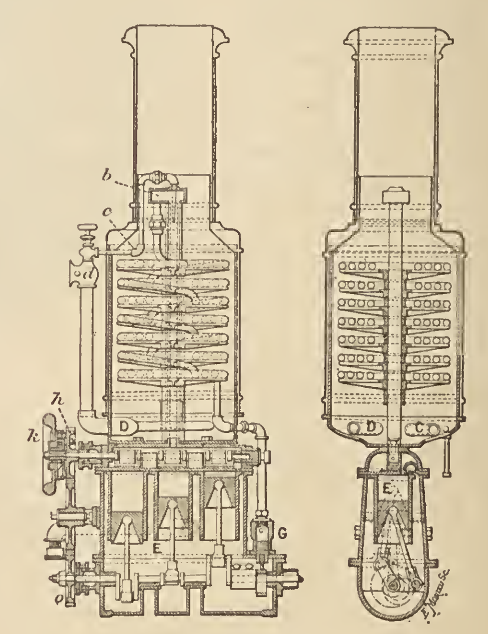
Nadie ignora que lo que más dificulta la construcción de los faros en el mar es la terrible violencia de las olas.

*
* *

MEDIO SENCILLO DE FORMAR UN PÉNDULO DE FOUCAULT

La rotación de nuestro planeta se demuestra de una manera evidente y curiosa por medio del péndulo llamado de Foucault del nombre de su inventor.

Sabido es que un péndulo consiste esencialmente en un cuerpo pesado suspendido en el extremo inferior de un hilo fijo por el otro extremo, de suerte que puede separársele de la posición vertical que, como la plomada, ocupa en su estado de equilibrio, y moverlo en todos sentidos; si separamos la bola de la posición que tiene en reposo y la abandonamos libremente, empezará á oscilar en el plano vertical determinado por la dirección del hilo y la de nuestra mano. La posición de este plano es invariable, lo cual se demuestra experimentalmente, pues si durante las oscilaciones se transporta el aparato en el espacio, el plano vertical de las oscilaciones permanece siempre paralelo á sí mismo, ó lo que es igual, se dirige constantemente á los mismos puntos del cielo. Nótese bien que no decimos á los mismos puntos del suelo, porque en este caso hay variaciones que demuestran el movimiento de rotación de la Tierra.

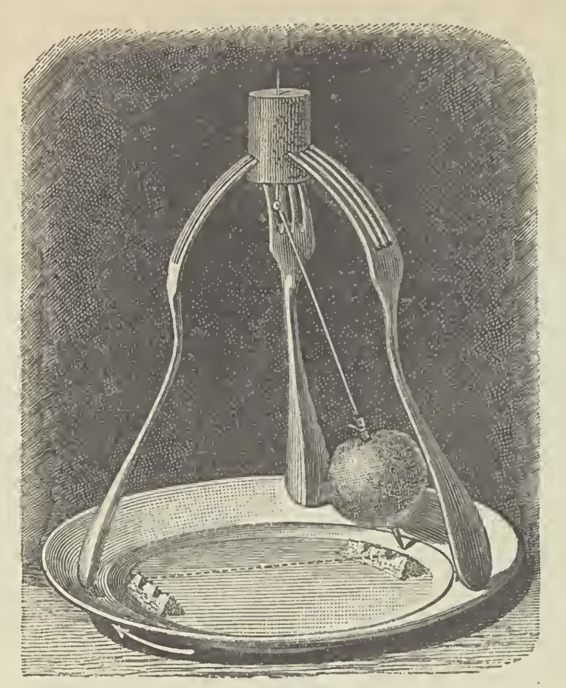


Figs. 2 y 3. Secciones de la caldera y de la máquina del vapor de aluminio

El físico francés Foucault, valiéndose del péndulo, demostró con toda evidencia la relación precisa y necesaria entre ambos movimientos, el de las variaciones del plano de oscilación y el de la Tierra.

Al efecto colgó su péndulo de la cúpula del Panteón en París; el aparato se componía de una placa metálica embutida en las piedras de la bóveda, que sustentaba un alambre de acero, de tal modo que no tuviera propensión para moverse ó girar en un plano mejor que en otro; en el extremo inferior llevaba una bola de plomo forrada de cobre, de mucho peso, con una punta de acero en la prolongación del hilo de suspensión. Debajo del péndulo colocó una mesa con un círculo dividido en grados ó una galería también dividida, en cuyo borde puso dos montoncitos de arena en los dos extremos de un diámetro. Era indispensable que al hacer oscilar el péndulo no se le comunicara ninguna velocidad inicial; para esto se apartaba la bola de la vertical, sujetándola en una desviación conveniente por medio de un hilo que se pasaba por el Ecuador y se afianzaba en un objeto fijo; después que la bola estaba en perfecto estado de reposo, se quemaba el hilo con la llama de una bujía, é inmediatamente comenzaba á oscilar el péndulo cuya punta inferior iba poco á poco mordiendo ó derribando los montoncillos de arena, de modo que se manifestaba á la vista la desviación que sufre el plano de las oscilaciones de Oriente á Occidente. El movimiento que se observa en este experimento es aparente, como hemos dicho, pues en realidad el plano de oscilación permanece inmóvil, siendo la Tierra la que gira debajo de Occidente á Oriente.

Sentados estos preliminares necesarios para que se comprendiera mejor el objeto de este aparato así como el modo fácil y sumario de construirlo según indica el grabado, pasemos á manifestar cómo puede construirse éste, muy diferente al instalado por Foucault en el Panteón.


Péndulo para demostrar la rotación de la tierra

En los bordes de un plato ó una fuente redonda se ponen de pie tres tenedores cuyas bases están equidistantes y sus púas clavadas en un cilindro ó tapón de corcho que les sirve de apoyo, sosteniéndolo á su vez. Atraviesa este tapón una larga aguja, á cuyo ojo, que sale por la parte inferior, va atado un hilo, en el extremo del cual va sujeta otra aguja larga que atraviesa de parte á parte una fruta redonda, manzana, naranja ú otra parecida. Dentro del plato y en los extremos de un diámetro se ponen dos montoncillos de harina ó azúcar. Dispuesto todo así, se empuja suavemente la fruta que empezará á ondular como un péndulo y cuyas oscilaciones durarán próximamente cinco minutos. La punta de la aguja que sale de la parte inferior de la manzana irá descoronando sucesivamente la harina ó azúcar, pero no siempre en el mismo sitio, sino haciendo una muesca cada vez más ancha, con lo cual quedará demostrado el movimiento de rotación de la Tierra, pues si ésta rotación no mediase, la punta de la aguja pasaría siempre por el mismo sitio de dichos montones.

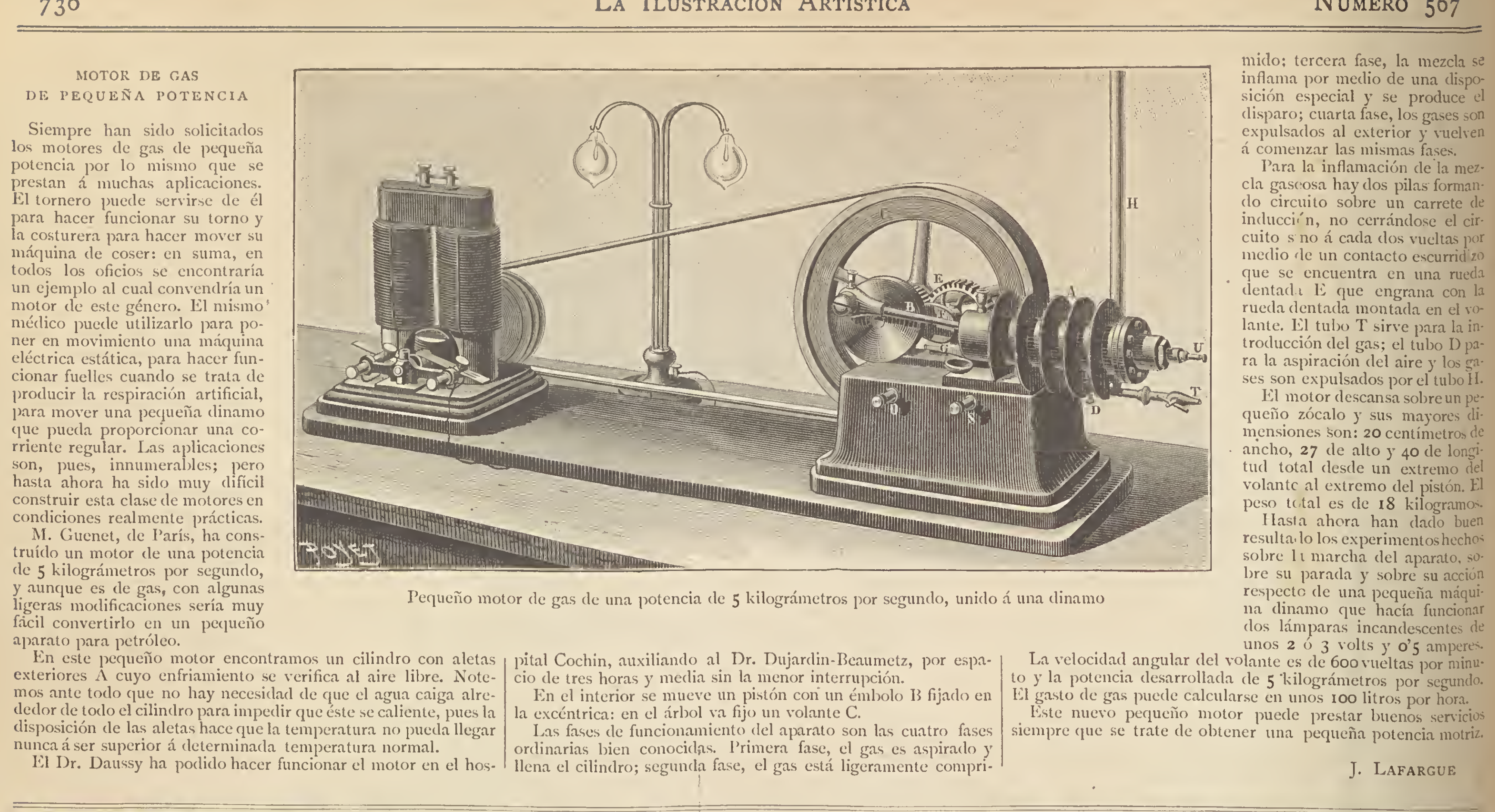
Como se ve, es un experimento curioso y fácil de ejecutar.

M. A.

MOTOR DE GAS
DE PEQUEÑA POTENCIA

Siempre han sido solicitados los motores de gas de pequeña potencia por lo mismo que se prestan á muchas aplicaciones. El tornero puede servirse de él para hacer funcionar su torno y la costurera para hacer mover su máquina de coser: en suma, en todos los oficios se encontraría un ejemplo al cual convendría un motor de este género. El mismo médico puede utilizarlo para poner en movimiento una máquina eléctrica estática, para hacer funcionar fuelles cuando se trata de producir la respiración artificial, para mover una pequeña dinamo que pueda proporcionar una corriente regular. Las aplicaciones son, pues, innumerables; pero hasta ahora ha sido muy difícil construir esta clase de motores en condiciones realmente prácticas.

M. Guenet, de París, ha construído un motor de una potencia de 5 kilográmetros por segundo, y aunque es de gas, con algunas ligeras modificaciones sería muy fácil convertirlo en un pequeño aparato para petróleo.



Pequeño motor de gas de una potencia de 5 kilográmetros por segundo, unido á una dinamo

En este pequeño motor encontramos un cilindro con aletas exteriores A cuyo enfriamiento se verifica al aire libre. Notemos ante todo que no hay necesidad de que el agua caiga alrededor de todo el cilindro para impedir que éste se caliente, pues la disposición de las aletas hace que la temperatura no pueda llegar nunca á ser superior á determinada temperatura normal.

El Dr. Daussy ha podido hacer funcionar el motor en el hospital Cochin, auxiliando al Dr. Dujardin-Beaumetz, por espacio de tres horas y media sin la menor interrupción.

En el interior se mueve un pistón con un émbolo B fijado en la excéntrica: en el árbol va fijo un volante C.

Las fases de funcionamiento del aparato son las cuatro fases ordinarias bien conocidas. Primera fase, el gas es aspirado y llena el cilindro; segunda fase, el gas está ligeramente comprimido; tercera fase, la mezcla se inflama por medio de una disposición especial y se produce el disparo; cuarta fase, los gases son expulsados al exterior y vuelven á comenzar las mismas fases.

Para la inflamación de la mezcla gaseosa hay dos pilas formando circuito sobre un carrete de inducción, no cerrándose el circuito sino á cada dos vueltas por medio de un contacto escurridizo que se encuentra en una rueda dentada E que engrana con la rueda dentada montada en el volante. El tubo T sirve para la introducción del gas; el tubo D para la aspiración del aire y los gases son expulsados por el tubo H.

El motor descansa sobre un pequeño zócalo y sus mayores dimensiones son: 20 centímetros de ancho, 27 de alto y 40 de longitud total desde un extremo del volante al extremo del pistón. El peso total es de 18 kilogramos.

Hasta ahora han dado buen resultado los experimentos hechos sobre la marcha del aparato, sobre su parada y sobre su acción respecto de una pequeña máquina dinamo que hacía funcionar dos lámparas incandescentes de unos 2 ó 3 volts y 0'5 amperes.

La velocidad angular del volante es de 600 vueltas por minuto y la potencia desarrollada de 5 kilográmetros por segundo. El gasto de gas puede calcularse en unos 100 litros por hora.

Este nuevo pequeño motor puede prestar buenos servicios siempre que se trate de obtener una pequeña potencia motriz.

J. LAFARGUE

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN





AÑO XI — BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1892 — NÚM. 567

EFECTOS DE UN ESPECÍFICO



—Es lo más fácil del mundo, caballero. Basta aplicar un poco de este emoliente, y desaparecerá al punto la rubicundez de la nariz.



¡Pues es un magnífico remedio! Voy á encender un cigarro en albricias.



Y el paciente se va durmiendo dulcemente mientras chupa su veguero.



Cataclismo final por efecto de la nafta contenida en el famoso específico.



BARCELONA

DEPOSITO EN SEVILLA: Orfila, 6

FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

SE CAIAN ENVENENADAS CON MI SANGRE

Hay gente que tiene la aprensión de que lo que se dice sobre el mérito y los efectos de las medicinas populares debe escucharse con cierta desconfianza. Es decir que la gente suele creer que los dueños de estas medicinas con frecuencia exageran los hechos reales, á fin de crear una demanda de lo que ellos tienen á la venta. A nosotros nos parece que esto sucede muy rara vez, pues las personas inteligentes, que tienen estas medicinas, saben que toda exageración tiende á perjudicar la venta más bien que á aumentarla. El público tiene la seguridad de formar una opinión exacta sobre el valor de un artículo que se anuncia, y todo lo que se diga de falso se puede reconocer y denunciar. En esto como en otras muchas cosas el camino derecho es el mejor.

El lector no debe, pues, titubear en aceptar como verdaderos atestados como el que ponemos á continuación.

«Yo, Thirza Daniels, de Wrafton, cerca de Barnstaple, Inglaterra, declaro solemne y sinceramente lo que sigue:

»Siempre fuí fuerte y saludable hasta principios de 1879 en que empecé á sufrir del estómago y del hígado. En julio del mismo año cogí un resfriado á consecuencia de haberme sentado sobre la hierba, y esto produjo ciática y reumatismo. Tenía fuertes dolores en las caderas y piernas, que parecía me cortaban con cuchillos. Me faltaba el apetito y lo poco que comía me ocasionaba dolores en el estómago y en el pecho. Tenía mal gusto de boca y dolores en los costados y en la espalda. Al fin me puse tan mala, que mi hija mayor tuvo que dejar á sus amos y venir á cuidar de mi casa y de mis cuatro hijos. Así pasaron algunos meses. Al principio yo misma me curaba con friegas y cataplasmas. Luego mandé por el médico, que dijo tenía envenenada la sangre. Me puso ventosas y me dió medicinas. Estuve en sus manos cinco meses, cada día más débil y tan delgada como un esqueleto. Cuando estaba acostada me daban dolores, que apenas podía resistir, y me volvía y revolvía sin poder encontrar una posición cómoda. Algunas veces me ponían en el suelo para ver si podía estar mejor. Me puse tan mala que llamé un médico de Braunton, que no consiguió aliviarme. Con una recomendación que el coronel Harding de Upcott dió á mi marido estuve yendo cuatro meses á una institución benéfica de Barnstaple, y al cabo de ellos tuve que entrar en el hospital de la misma población, en donde me cuidaban dos médicos. Convinieron en que tenía la sangre envenenada y hablaron de hacer una operación en un muslo, que no se llevó á cabo porque yo estaba demasiado débil. Me pusieron más ventosas, y no dando resultado me aplicaron sanguijuelas, que conforme se agarraban se caían envenenadas con mi sangre. Me encontraba tan triste en el hospital, que me parecía que si no me llevaban pronto á casa me iba á morir, y empezaron á hacer preparativos para llevarme. En cuanto me dió el aire me desmayé, y creyeron que me estaba muriendo. Cuando llegué á casa me encontraba muy mal y mandé á mi marido que fuese á buscar á nuestro médico. Dijo que vendría, aunque de nada serviría, pues no podía hacer más que lo que ya había hecho. Pasaban días y yo estaba tan mala que cuando me hablaban no tenía fuerzas para responder. Entonces mi sobrino Roberto Daniels de Pontypridd me mandó á decir que probara el *Jarabe curativo de la Madre Seigel*, que había hecho curas admirables en el sitio en que él vivía. Fué, pues, mi marido á la tienda del señor Farley, High Street, Barnstaple, y compró una botella. Antes de acabar aquella botella ya podía comer y el alimento parecía que me hacía provecho. Poco á poco fuí recobrando las fuerzas, y después de tomar catorce botellas me encontraba fuerte y saludable. Empecé á ponerme gruesa, me abandonaron los dolores de los muslos y de las piernas, y desde entonces no he tenido enfermedad que se pueda llamar tal. Doy gracias á Dios que me dió á conocer el *Jarabe de Seigel*. Le debo la vida y deseo que otros sepan lo que yo digo. Lo considero una obra del Señor y estoy dispuesta á contestar cualquiera pregunta.

»Hago esta declaración solemne creyendo en conciencia que es verdad, de conformidad con lo dispuesto en la ley de declaraciones de 1835.

»(Firmado) THIRZA DANIELS.

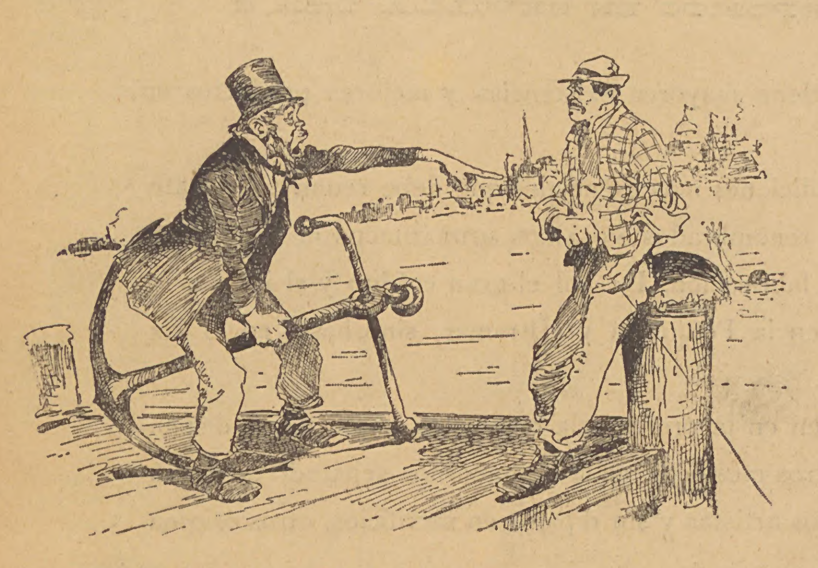
»Declarado ante mí en el Ayuntamiento de Barnstaple, Condado de Devón, por la referida Thirza Daniels el martes 21 de octubre de 1890.

»(Firmado) RD. ASHTON,

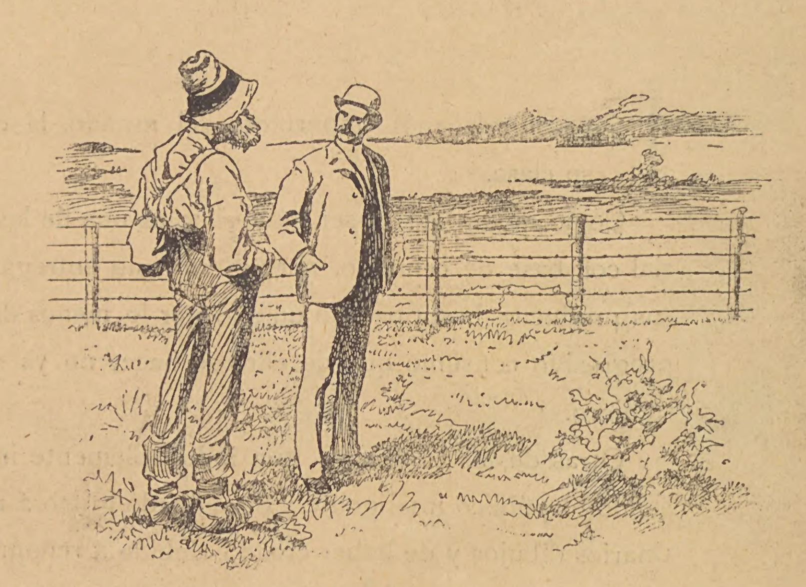
»Mayor encargado de la ciudad de Barnstaple.»

Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, n.° 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



—¿Adónde va V. con esa ancla?
—¡Vaya una pregunta! ¿No ve V. aquel hombre que se está ahogando?



El forastero.—¿Por qué ha puesto V. tan llena de puntas esa valla de alambre?
El colono.—Porque al salir el río de madre quedan clavados en ellas los peces, y me ahorro el trabajo de pescarlos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN